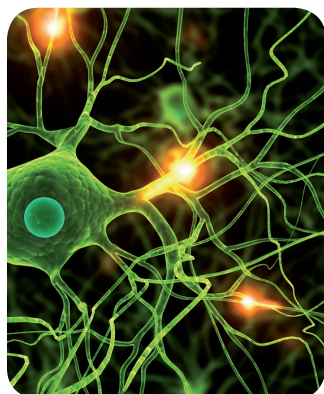


MÁSTERES de la UAM

Facultad de Filosofía
y Letras /12-13

Máster en estudios
interdisciplinares de
género



**Estereotipos de
género y libros de
autoayuda. El sexis-
mo sutil en la
cultura pop**

*Mariana del Carmen
González Piña*

“El primer territorio a expropiarle al patriarcado es nuestra propia subjetividad”

Marcela Lagarde

Índice

Resumen.....	3
1. Introducción	3
2. Marco Teórico	7
2.1. La categoría de género	7
2.2. Las mujeres y los hombres según el patriarcado: los estereotipos de género	13
2.3. Amor romántico.....	21
2.4. Sexualidad	31
2.5. El sexismo en la cultura pop	40
2.6. Los libros de Autoayuda.....	51
3. Metodología	55
4. Análisis.....	56
4.1. Sobre el autor	56
4.2. Actúa como dama, piensa como hombre	56
5. Conclusiones.....	74
6. Bibliografía	77

Resumen

El presente trabajo consistió en analizar desde una perspectiva de género el popular libro de autoayuda *Actúa como dama, piensa como hombre*, como un ejemplo paradigmático de un fenómeno cultural que perpetúa la desigualdad. El objetivo fue argumentar acerca de la existencia de violencia simbólica en dicho libro y vincularlo con fenómenos similares presentes en las diversas manifestaciones de la cultura pop. Se realizó un análisis del discurso y se tomaron en cuenta los planteamientos acerca de las relaciones de género, las visiones de la construcción social del amor romántico y de la sexualidad. Se encontró que el libro, además de promover unas visiones estereotipadas de las relaciones de pareja heterosexuales, promueve el retorno de mujeres y hombres a los roles tradicionales argumentando que será la solución a los problemas entre los sexos. Se concluyó que el contenido del libro promueve implícitamente la segregación de género al proponer unas relaciones de pareja todavía más desiguales y jerarquizadas, idealizando las diferencias socialmente construidas entre los sexos. También se concluyó que dicho libro, así como otras manifestaciones culturales similares, son incompatibles con la igualdad de género y la búsqueda de la justicia al promover los mismos estereotipos que son parte indisoluble de la raíz de la discriminación de género.

1. Introducción

El siglo XX fue sin duda una etapa clave en lo referente a los derechos de las mujeres. Al menos en el mundo occidental, después de numerosas movilizaciones y años de lucha, alrededor de la segunda mitad del siglo comenzaron a verse los frutos de los esfuerzos de los grupos feministas y de mujeres: desde la inclusión de las niñas y mujeres en el ámbito educativo y el logro al derecho al voto hasta la participación femenina en puestos públicos y de representación política.

Considerando lo anterior, y haciendo una comparación de la situación pasada con la presente, podemos afirmar con razón que el panorama de la igualdad entre mujeres y hombres ha mejorado significativamente. En occidente la mayoría de las constituciones y otros documentos legislativos afirman que mujeres y hombres son iguales ante la ley, y que nadie debe ser discriminado por razón de sexo, etnia, religión etc. Sin embargo, a lo largo del tiempo se ha visto que esa igualdad “formal” presente en los discursos y documentos oficiales no siempre se traduce en una igualdad real o “efectiva”. Es decir, a pesar de que en gran medida en occidente las naciones se definen como democráticas y en pro de la igualdad entre los sexos, se ha puesto en evidencia que aún persisten ideas y estereotipos asociados a lo que es “ser hombre” o “ser mujer” que obstaculizan

y perjudican en gran medida las oportunidades reales de las mujeres (y ocasionalmente de los hombres) en su vida cotidiana.

También existe una mentalidad generalizada de que la igualdad ya se ha alcanzado, y cuando se piensa en problemáticas como la violencia de género o los feminicidios, la tendencia general es pensarlos como eventos aislados y no vinculados con la (des)igualdad entre hombres y mujeres. Esto nos enfrenta con un problema serio, pues en un contexto sociopolítico donde la igualdad entre hombres y mujeres es en apariencia una prioridad y donde ya se ha vuelto parte explícita del discurso, se genera la ilusión de que ya está todo ganado. No es inusual escuchar a gente, mujeres inclusive, decir que ya hay igualdad y que no es necesario hacer nada más. Las desigualdades existentes son consideradas inocentes o inherentes a las supuestas esencias de lo que se considera que debe ser una mujer y un hombre. Esto al grado de que cualquier persona que se atreve a cuestionar la supuesta igualdad en la que nos encontramos es considerada como extremista, desubicada e incluso egoísta.

Sin embargo, tras años de producción académica de teoría feminista y de estudios de género, se puede afirmar casi unánimemente que la base de todos aquellos problemas de violencia, segregación y discriminación hacia las mujeres (y también los problemas que afectan a los hombres, personas con orientaciones sexuales distintas a la heterosexualidad o con identidades de género no normativas) tiene su base en el sistema patriarcal, del que derivan rígidos estereotipos y expectativas atribuidas a mujeres y hombres. Son dichos estereotipos los que generan, entre otras cosas, que a las mujeres en numerosas ocasiones se les pague menos que a los hombres por la realización de un mismo trabajo, que no se les contrate o ascienda en el ámbito laboral, que no se les permita acceder a altos cargos en determinados ámbitos y en casos extremos (pero no poco comunes), que sean violentadas por el simple hecho de ser mujeres.

Sin embargo, la intención de este trabajo no es que nos ocupemos de aquellos tipos tan evidentes de violencia y discriminación. La intención es que abordemos aquellos aspectos implícitos que numerosas veces pasan desapercibidos en la vida diaria. Nos referimos a aquello a lo que acertadamente Bourdieu (2000, p.12) llama la violencia simbólica, es decir aquella que es

(...) amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento.

La violencia simbólica está presente en todos los rincones de nuestra vida, tanto en el ámbito público como en el privado, aunque desafortunadamente sus alcances y consecuencias generalmente son estimadas como poco importantes. Uno de los ámbitos donde con facilidad podemos encontrar diversas manifestaciones de violencia simbólica es en las creaciones de la cultura pop. Ésta puede ser entendida como cualquier producto cultural que tenga una masa de personas como receptora de su contenido (Zeisler, 2008), ejemplos de esta incluyen las películas, las series de televisión, las novelas, los comerciales o la publicidad, la literatura, la música e incluso los videojuegos.

Los libros de autoayuda forman parte de la cultura pop, pero a diferencia de programas de televisión donde se supone que su intención es entretener a la gente, los libros de autoayuda son manuales explícitos donde se dice a la gente cómo actuar para obtener determinados resultados (Starker, 1989 citado en Schindler, Holm, y Haddock, 2001), lo que en cierto sentido los vuelve todavía más peligrosos.

Partiendo de lo anterior, en este trabajo revisaremos el libro de Steve Harvey *Actúa como dama, piensa como hombre* y lo analizaremos a la luz de los estudios de género, tomando en cuenta en particular sus planteamientos acerca de la masculinidad, feminidad, amor romántico y sexualidad. Pero la intención de dicho análisis va más allá de considerar si su contenido es o no estereotipado (que evidentemente lo es), sino que nos permitirá hablar de una problemática mucho más amplia que es la del sexismo que se esconde en las manifestaciones de la cultura pop y que en ocasiones logra pasar inadvertido a los ojos de la mayoría de la gente. De este modo, uno de los objetivos principales, además del análisis concreto del libro, es argumentar por qué este tipo de manifestaciones constituyen una forma de violencia simbólica y en qué modo afecta a la lucha por la igualdad entre mujeres y hombres, no solo en el aspecto simbólico sino también en el material, donde las personas de carne y hueso (hombres o mujeres) se ven afectadas directamente.

A lo largo del trabajo se presentarán diversos apartados dentro del marco teórico. Primero se hará una breve explicación acerca del concepto de género y otros aspectos básicos sobre la teoría feminista, después se abordará con mayor amplitud la cuestión de los estereotipos impuestos a las mujeres y hombres, profundizado en el tema de las masculinidades, ya que a pesar de que el libro va dirigido a un público femenino es en sí un manual de masculinidades ya que busca ofrecer a las mujeres una ventana al mundo de los hombres, narrando lo que el autor considera que son las características que comparten todos ellos. Seguiremos con la construcción del amor romántico y la

sexualidad para terminar hablando de algunas de las formas más comunes de sexismo presentes en la cultura pop, así como algunos aspectos acerca de los libros de autoayuda. Posteriormente se detallará la metodología y terminaremos con el análisis y las conclusiones.

2. Marco Teórico

2.1. La categoría de género

Las supuestas diferencias entre mujeres y hombres han sido un tema que desde hace mucho tiempo han fascinado a la humanidad. La tendencia general hasta hace relativamente poco había sido (y en ocasiones aún sigue siendo), la de reforzar las supuestas diferencias existentes. Ya sea como forma inocente de justificar las diferencias (y desigualdades) sociales o con la clara intención de perpetuarlas, es común que la gente se resista al hecho de que mujeres y hombres somos más parecidos que distintos.

El término “género” fue utilizado por primera vez en 1955 por el investigador John Money, él hacía referencia al “papel de género” que socialmente se atribuye a mujeres y a hombres, aunque fue Robert Stoller quien posteriormente estableció una diferencia más firme entre el concepto de sexo y género, basándose en las investigaciones que había realizado con niños y niñas que habían sido criados como si pertenecieran al sexo contrario (Burin y Meler, 1998).

Los trabajos de Money y Stoller fueron muy influyentes en el campo de los estudios de género. Sin embargo, el estudio de las diferencias entre mujeres y hombres que consideraba el aspecto de la construcción social apareció años antes. Ya desde 1935 Margaret Mead planteaba en *Sex and Temperament* que las diferencias biológicas no implicaban rasgos innatos de temperamento, y que eran las sociedades las que atribuían ciertas características a cada sexo. En su estudio, Mead analiza y compara a tres tribus en Nueva Guinea y relata cómo “lo masculino” y “lo femenino” varía en cada tribu, evidenciando el claro componente sociocultural de las identidades y roles de género.

Susana Narotzky (1995) señala que dentro de los estudios antropológicos la identidad de la mujer no había sido central en las investigaciones hasta el surgimiento de la antropología de género, que emerge como un enfoque teórico que analizaba críticamente los modelos de análisis dominantes en los estudios antropológicos de la época. La misma autora señala que la antropología de género cuestiona y evidencia el androcentrismo en la forma de interpretar la realidad por parte de los investigadores, donde era común que se tendieran a señalar las diferencias sociales entre mujeres y hombres como algo natural e innato, sin cuestionar su surgimiento y reforzamiento social.

El movimiento feminista, que retoma su fuerza en las décadas de 1960 y 1970, se apoya de las pruebas derivadas de la antropología de género para constituirse no solo como un movimiento social reivindicativo sino también como una teoría que analiza las relaciones entre mujeres y hombres desde una perspectiva integral, considerando elementos como el poder dentro de dichas relaciones y el peso de la cultura sobre lo biológico.

Como señala Virginia Maquieira (2001), la crítica feminista al androcentrismo en las distintas disciplinas del conocimiento se convirtió también en una crítica epistemológica, donde se resaltaba la dimensión política del conocimiento y su fuerte influencia transformadora de la realidad social.

De ese modo, la misma autora menciona que ésta crítica no solo implicaba la inclusión de las mujeres a unos saberes mayoritariamente masculinos, sino que requería un proceso mucho más complejo donde debían generarse nuevos esquemas conceptuales que no conllevaran en sí mismos la exclusión del colectivo de mujeres. Lo anterior fue posible al adoptar el concepto de género como categoría de análisis, ya que “se evidenció el hecho de que la relación entre hombres y mujeres no es solo un dato a describir sino una *construcción social* a aclarar” (Maquieira, 2001, p.129).

Entonces, ¿A qué nos referimos cuando hablamos de género? Marta Lamas (2007) explica que todas las sociedades realizan una simbolización de la anatomía de las personas, es decir, utilizan las diferencias biológicas entre los sexos para construir un orden determinado que lleva al establecimiento de un conjunto de prácticas, expectativas y discursos que hacen referencia a “lo propio” de los hombres (lo masculino) y “lo propio” de las mujeres (lo femenino). Es importante señalar que el concepto de género de ningún modo puede ser utilizado como sinónimo de mujeres, pues éste es siempre un concepto “*relacional*” y no aparece de forma aislada, siempre que se hable de género se estará haciendo referencia invariablemente a las relaciones entre el género femenino y el género masculino (Burin, 1998, p.20).

Hasta ahora todo parece ser relativamente sencillo, el género hace referencia a las atribuciones culturales sobre cuerpos que han sido previamente categorizados en dos sexos (hombre y mujer), pero entonces ¿por qué resulta tan importante que el género sea una categoría de análisis? El problema con el género deriva del hecho de que la diferenciación social entre “lo masculino” y “lo femenino” genera una jerarquía donde lo femenino es sistemáticamente menos valorado que lo masculino. En palabras de Franca Basaglia y Dora Kanoussi (1983, p.15) la “diversidad natural del cuerpo de la mujer ha sido traducida -culturalmente- en desigualdad histórica”.

Lo anterior nos lleva a considerar que el género influye en absolutamente todos los aspectos de nuestra sociedad, desde lo que sucede en nuestra vida cotidiana hasta lo que sucede con las instituciones y la política, pues así como señala Judith Astelarra (2008, p.9) “la desigualdad no solo es entre las mujeres y los hombres en tanto que personas, sino que existe también en la propia organización social”. Esto sucede ya que

El género estructura la percepción de los seres humanos y da forma a la organización material de toda la vida social. Los modelos de masculinidad y feminidad inciden en la constitución de la subjetividad y moldean a los sujetos, sus deseos y necesidades, en función del cuerpo que tienen (...) Las representaciones sociales de lo que se espera y acepta socialmente dan atribuciones a la conducta objetiva y subjetiva de las personas. La forma en que las personas se ven a sí mismas, la identidad que asumen, los valores que profesan, son expresiones de esa simbolización que hoy llamamos género (Lamas, 2007, p.313).

El género inscrito en nuestras sociedades moldea y determina lo que como mujeres u hombres debemos pensar, sentir, decir y hacer (o no pensar, no sentir y no hacer), de modo que limita enormemente las posibilidades y los campos de acción dependiendo de si se tiene cuerpo de hombre o cuerpo de mujer.

Esta forma de organización social que distingue y atribuye ciertas tareas o roles diferenciados según el sexo tiene su base en la división sexual del trabajo, donde las tareas ligadas a la reproducción y al hogar son atribuidas a lo femenino y las tareas extradomésticas o públicas son atribuidas a lo masculino. Al respecto de esto, Lévi Strauss consideró que la finalidad de dicho dispositivo (la división sexual del trabajo) era establecer una dependencia recíproca entre los sexos (Meler, 1998, p.38).

La división sexual del trabajo es una cuestión polémica, pues ésta en ocasiones tiende a ser idealizada socialmente, es común escuchar comentarios como este: “Yo [una mujer] *cuido de los niños y de la casa y él trabaja y gana dinero para la manutención de la familia, ambos estamos de acuerdo ¿qué hay de malo en eso?, ¿por qué las feministas se empeñan en decir que eso está mal?*” El problema con la división sexual del trabajo, al igual que el problema del género (que deriva de ahí) es que la división del trabajo va acompañada de una infravaloración de los trabajos considerados como femeninos, además de constituir, como consideraba Lévi Strauss, una dependencia arbitraria e innecesaria, que lejos de promover el desarrollo integral de los sujetos los limita y encasilla en determinados roles.

Además, la supuesta libre elección de roles es más bien una ficción, pues el orden social es impuesto a las personas desde que son pequeñas. Mujeres y hombres son socializados dentro de los límites de unos roles determinados que en alguna medida

influirán y marcarán el curso de sus vidas. Como señalan Basaglia y Kanoussi (1993, p.38):

Los valores que se transmiten a la hija coadyuvan a su empequeñecimiento, a la restricción de sus intereses y a la reducción de su esfera de acción, esto es, represión de todas las posibilidades que la aparten de lo sexual-familiar.

Mientras que,

Las reglas del comportamiento masculino se refieren principalmente al hombre como ser social, a sus acciones, al mundo de sus relaciones y de sus amistades, a su manera de presentarse en público, es decir, a su manera de participar en un juego que es esencialmente "social".

Es así entonces que surge una simbolización y asociación de lo "femenino" con lo doméstico y de lo "masculino" con lo público, asociación tan frecuente que se ha ido naturalizando para justificar un orden social desigual y discriminatorio. A este orden social se le llama patriarcado.¹ En una sociedad patriarcal como la nuestra, las diferencias social y culturalmente creadas son convertidas en esencias, por medio de las que nos han hecho creer que "es natural" que las mujeres sean de un modo y los hombres de otro y por tanto nos insinúan que "es natural" que las mujeres sean tratadas de un modo diferente, o dicho de otra manera, nos han hecho creer que es "natural" que las mujeres sean discriminadas.

Una sociedad patriarcal es construida de acuerdo a una visión masculina de la realidad, de modo que la norma bajo la que todo gira es la norma de lo masculino, del cuerpo masculino; siendo considerados los cuerpos "diferentes", es decir aquellos capaces de gestar y dar a luz como algo ajeno a lo común, a pesar de constituir el 50% de la población mundial (o más). Por eso, como acertadamente señala Diane Lamoureux (2010, p.51):

Es importante darse cuenta de que el problema de las mujeres, individual o colectivamente, no obedece tanto a una incompatibilidad con el mundo (por tanto un problema de carencia) como a la estrechez del mundo confinado en su dimensión masculina que se presenta como plenitud.

Esta problemática femenina de "incompatibilidad con el mundo" a la que la autora hace referencia, tiene que ver con que el espacio público está diseñado desde una perspectiva masculina. Es por lo anterior que las mujeres al ir ganando derechos y al ir

¹ Como señala Carole Pateman (1988) en su libro "El contrato sexual", no hay un consenso en la utilización del término "patriarcado" ya que puede ser definido en varios sentidos. Sin embargo, aquí lo utilizaremos en su acepción más común. Al hablar de patriarcado nos estaremos refiriendo a la institucionalización del poder masculino sobre las mujeres, basado en una supuesta inferioridad biológica de las últimas.

ganando espacio en el ámbito público, se han enfrentado con diversos problemas, algunos de ellos derivados de la dificultad de adaptación debido a su posibilidad fisiológica de gestar. Dichas dificultades han provocado comentarios tales como “*Ya lo sabía, el mundo laboral no es para las mujeres*” o “*Se los dijimos, pero ustedes querían trabajar...* (insinuando un “*háganse cargo de las dificultades ustedes solas*”)” cuando en realidad la conclusión de eso, más allá de ser “*tenían razón, regresemos a nuestros hogares a parir y cuidar niños*”, debería ser: el mundo está diseñado para los hombres y debemos modificarlo construyendo uno que sea compatible con las necesidades de todas las personas, donde las diferencias de los cuerpos no sean un factor que permita la discriminación. Pues “la diversidad [del cuerpo de la mujer] respecto al hombre vale tanto como la diversidad del cuerpo del hombre respecto a la mujer” (Basaglia & Kanoussi, 1983, p.15), y por ende nadie merece ser discriminado o discriminada por contar con una determinada anatomía.

La intención de lo anterior no es de ningún modo minusvalorar las labores de reproducción o de trabajo doméstico, pues de hecho ha sido el movimiento feminista el que se ha encargado de señalar la importancia que tienen dichas labores no remuneradas (y poco valoradas socialmente) para el mantenimiento del mercado de trabajo remunerado. La intención es más bien mostrar cómo lo que hemos por mucho tiempo considerado como un ámbito neutro no tiene nada de neutro. No es que las mujeres “no funcionen” para ese tipo de ambientes públicos y extradomésticos, sino que más bien esos ambientes han sido deliberadamente contruidos para que las mujeres no quepan en ellos, y la solución no es mantener la exclusión sino transformar el orden social para que no excluya a ningún colectivo. Pues las mujeres son personas, el ser humano hembra, y no “la hembra del hombre”, de modo que las diferencias anatómicas no deberían de traducirse en asimetrías sociales (Basaglia & Kanoussi, 1983).

En este punto es de vital importancia aclarar que el sistema patriarcal se mantiene debido a que está enraizado en las estructuras sociales, siendo reproducido tanto por mujeres como por hombres. Por lo tanto no se pretende (como comúnmente se malentiende) victimizar a las mujeres y culpar a los hombres. Debemos entender que el poder se hace presente en unas estructuras asimétricas que están arraigadas en las normas y recursos sociales que a la vez configuran y restringen las opciones y acciones de mujeres y hombres (Kabeer 1998, p.145 citada en Maquieira 2001). Por lo tanto, como señala Maquieira (2001, p.172), debemos:

Abandonar una visión «conspiratoria» de la dominación masculina que implica imaginar al conjunto de los varones como diseñadores de una estrategia racional para lograr la subordinación de mujeres. Desde una perspectiva estructural el privilegio masculino se garantiza precisamente

porque el género se ha convertido en un elemento clave de la organización social y se despliega y reproduce simplemente poniendo en marcha procedimientos institucionales de rutina. Lo cual no quiere decir, como ha señalado Connell, que contemplar el género desde una perspectiva estructural suponga olvidar en el análisis los beneficios que los varones obtienen de este sistema en contextos concretos (1987:96).

La importancia de los estudios de género y de la teoría feminista radica entonces en el análisis de las relaciones de género poniendo en evidencia cómo éstas constituyen a la vez relaciones de poder que generan sociedades estructuralmente injustas.

Sin embargo, al analizar la realidad social bajo una perspectiva de género se suman otros aspectos aún más complejos. Como señala Judith Butler (2007, p.59), considerar que el cuerpo es un medio pasivo sobre el que se atribuyen significados culturales podría darnos la idea de que hay numerosas posibilidades de género abiertas; pero no sucede así pues nuestra experiencia está discursivamente determinada por unos límites provenientes de un discurso cultural hegemónico, donde se elaboran estructuras binarias que restringen lo imaginable en el campo del género.

Dichas estructuras binarias no operan solamente en el campo de la identidad de género sino también en lo relacionado con la orientación sexual, pues “la construcción de la feminidad y la masculinidad no solo conlleva la asunción de diferentes roles sociales, sino también la adscripción obligatoria a un modelo heterosexual y a una identidad de género acorde con el sexo biológico” (Osborne et al, 2012, p.10). De este modo, se espera de los sujetos que exista una alineación particular entre su sexo-identidad de género-orientación sexual, de modo que un hombre tendrá que ser masculino y heterosexual y una mujer femenina y heterosexual. Las divergencias de dicho modelo son poco toleradas, especialmente cuando lo que difiere es la identidad de género del sexo de la persona, como en el caso de la transexualidad.

Finalmente, es importante señalar que el género nunca aparece de forma aislada en las relaciones sociales, sino que siempre se encuentra relacionado con otros aspectos que influyen en la subjetividad humana tales como la etnia o clase social (Burin, 1998). A la consideración de lo anterior dentro del análisis se le llama interseccionalidad, definida por Osborne et al (2012, p.23) como:

La herramienta teórica que permite interrelacionar distintas categorías que participan en la formación de la identidad, construidas social, política, económica, cultural y psicológicamente (como la etnia, la clase, el género, el sexo, la edad, la procedencia, etc.), dando lugar a posiciones diferenciadas entre unas personas y otras en la sociedad. La interseccionalidad permite analizar las discriminaciones múltiples así como el modo en el que se relacionan, con el resultado de colocar a determinadas personas en posiciones de desigualdad.

2.2. Las mujeres y los hombres según el patriarcado: los estereotipos de género

Como ya se ha visto, las culturas ejercen una gran influencia en las subjetividades de mujeres y hombres al dictar las normas de género. Cada cultura tiene sus propias concepciones acerca de lo que es femenino y de lo que es masculino, sin embargo, en este capítulo (así como en el resto del texto) nos centraremos en los estereotipos de género de las culturas occidentales.

Las identidades de género no son estables ni fijas, no se encuentran en los genes ni nacemos programados o programadas para actuar de ciertos modos. Pero tampoco son un conjunto limitado de reglas establecidas previamente a las interacciones sociales, sino que las identidades de género se crean en los actos de las personas, masculinidades y feminidades son producidas activamente por medio de los recursos y estrategias sociales disponibles (Connell, 2000). En palabras de Butler (1998, p.297) el género es una performance, es decir, *“una identidad instituida por una repetición estilizada de actos”*, que se llevan a cabo con el propósito estratégico de mantener las dicotomías masculino-femenino/ hombre-mujer. En este sentido, el cuerpo cobra una gran importancia, pues como señala Cortés (2004) es uno de los signos más relevantes de la identidad personal, dotado de significados culturales ya que no existen los cuerpos neutros y sin condicionamientos. Éstos son el medio por el cual se expresan los patrones de género, que más allá de crear vidas individuales, permite la creación de complejos mundos sociales (Connell, 2000).

Sin embargo, Cortés (2004, p.53) menciona también que el cuerpo no es solo creado social y culturalmente, sino que además hay un importante componente psíquico, donde *“la imagen del cuerpo es el efecto, el resultado, la construcción que se produce a través de la subjetivización de las estructuras que preceden a nuestra entrada en el mundo”*.

De este modo, los estereotipos de género son pautas o modelos a seguir, que sirven para regular las conductas de los individuos. Como ya se mencionó previamente, el problema de los estereotipos es que tienden a limitar el campo de acción de las personas, enfrentándolas a severas sanciones sociales en caso de transgredir los límites de lo establecido para cada género. Lo anterior sucede en el plano individual, pero estructuralmente los estereotipos de género también promueven y facilitan actitudes discriminatorias que generalmente inciden directamente en la vida de las mujeres.

La adquisición de los estereotipos de género depende también de la significación personal que cada persona haga de lo que mira en el ambiente donde se desenvuelve.

Nancy Chodorow (2003, p.87) enfatiza la importancia que tiene la parte psicológica, pues menciona que los individuos realizan distintas significaciones de género de acuerdo a sus biografías personales y otras prácticas intrapsíquicas, dando como resultado “una fusión de la significación personal y cultural”. Sin embargo, no podemos negar la importancia que tiene la cultura.

La socialización de género en mujeres y hombres comienza desde el nacimiento, o incluso antes en los casos cuando ya se sabe el sexo del bebé, pues la imaginación y las expectativas de los padres y madres acerca de sus hijas o hijos suelen estar fuertemente generizadas.

Diversos estudios han confirmado lo anterior, Coral Herrera (2010, p.70) menciona que un experimento que se realizó con padres de recién nacidos a los que aún no se les había dado a conocer el sexo del bebé, mostró que las actitudes y expresiones verbales de los padres estaban asociadas a estereotipos del género al que creían que su bebé pertenecía, de modo que los que creían que era niña decían frases como: “mira qué carita más dulce” o “qué princesita más linda” mientras que si creían que era niño se expresaban de modos distintos: “vaya brazotes que tiene, mira qué fuerza tiene”. Norma Mejía (2006) menciona otro experimento similar donde diversas personas atribuían distintas motivaciones a los llantos de bebés según el género al que creían que pertenecían. Se les mostraban videos de bebés que lloraban, donde las niñas tenían ropa de color azul y los niños ropa color rosa. Las personas que miraban a los bebés vestidos de rosa (y que asumían que eran niñas) decían que “la niña” lloraba porque probablemente sentía miedo, mientras que a los bebés que asumían que eran varones se les atribuía a su llanto la ira.

Los hallazgos del experimento anterior son relevantes ya que tanto el miedo como la ira son emociones que pueden asociarse a estereotipos de género, siendo el miedo asociado a la incertidumbre y a la preocupación de que algo negativo puede suceder, mientras que la ira hace alusión al enojo y a la agresividad, siendo el miedo una emoción que puede resultar paralizante (asociada a la feminidad), mientras que la ira está más asociada con la acción (asociada a la masculinidad).

Vemos entonces, que nuestras ideas acerca del género afectan la manera en que miramos, pensamos y percibimos a las demás personas. Sin embargo, el alcance de la socialización de género va mucho más allá, pues no marca únicamente la manera en que nos expresamos sobre las mujeres y los hombres, también afecta el modo en el que los tratamos, las cosas que le permitimos a cada uno, las expectativas sociales e incluso la forma en que juzgamos sus acciones, entre muchas otras cosas.

Herrera (2010) menciona que en el mismo trato que dan los padres y otros adultos a los niños y niñas, se les va educando de manera distinta. Señala que a los niños se les deja caer más y explorar su alrededor, considerando todo eso como parte de su proceso de maduración, mientras que a las niñas se les vigila más, se les enseña a evitar peligros y se les restringe espacialmente, de modo que no aprenden a enfrentarse con los obstáculos cotidianos ni a hacerse cargo de sí mismas del mismo modo que los hombres. Todo lo anterior influye profundamente en las actitudes y conductas que mujeres y hombres asumen cuando son adultos.

Otro aspecto importante es el uso del cuerpo que se les enseña de modo diferencial a niñas y a niños. A las primeras se les enseña a ser bonitas, agradables a la mirada de los demás (especialmente a la de los hombres), “se les transmite su función de adorno” y se promueve su pasividad, mientras que a los hombres se les socializa como activos, fuertes y racionales (Herrera, 2010, p.71). La misma autora señala que las mujeres que son educadas para ser *esposas de*, generalmente asocian a las figuras masculinas con la protección, ya que los hombres simbolizan la fuerza, autonomía, orden etc. Sin embargo, Herrera pone de relieve la importancia de considerar también otros aspectos además del género, como por ejemplo la clase social, ya que hay muchas mujeres que han crecido en situaciones socioeconómicas menos favorables que otras, donde desde pequeñas han tenido que hacerse cargo de sí mismas, o contribuir a su familia realizando diversos trabajos fuera del hogar. Basaglia y Kanoussi (1983) coinciden en que el margen de autonomía de las mujeres dependerá de la clase social en la que cada una se encuentre.

Al asociar lo femenino con las tareas reproductivas y de cuidado, se les atribuye a las mujeres una conexión mayor con “la naturaleza”, aspecto que ha dificultado a través de la historia que las mujeres puedan liberarse y asumir su condición de sujetos (Basaglia & Kanoussi, 1983). Sin embargo, en gran parte de los países occidentales gracias a la lucha feminista, la situación social de las mujeres ha sido cuestionada y bastante se ha logrado. Pero lo anterior ha provocado en los hombres sensaciones conflictivas, pues son “prisioneros de una cultura en la cual su propia existencia está garantizada por la ausencia del otro” (Basaglia & Kanoussi, 1983, p.25), de modo que lo que las mujeres han ido ganando en cuestiones de igualdad en ocasiones es percibido por ellos como una invasión de un espacio que asumían como suyo.

Al enfrentarnos con las dificultades de los hombres para adaptarse a este mundo cambiante, es válido entonces preguntarnos por qué hemos tardado tanto en reconocer

la necesidad de hablar y trabajar el tema de las masculinidades.² Kimmel (1998) señala que el orden de género es más visible para quienes ocupan los lugares más bajos en la jerarquía (mujeres, personas LGTBI, etnias no dominantes etc.) que para quienes están en el poder (hombres heterosexuales, blancos etc.).

Es por eso que para muchos hombres la masculinidad es invisible, ya que se consideran a sí mismos como lo neutro, como si no estuvieran marcados por el género; del mismo modo que una persona blanca no es consciente de su etnia, o una persona heterosexual no es consciente de sus privilegios ni de las problemáticas que implica tener una orientación sexual distinta a la normativa.

Un aspecto fundamental de la construcción de la masculinidad en el que coinciden numerosos autores y autoras (Pleck y Sawyer, 1974; Valdés y Olavarría, 1998; Burin y Meler, 2000; Connell, 2000; Cortés, 2004; Careaga y Cruz, 2006; Montesinos, 2007; Seidler, 2006; Amuchástegui y Szasz, 2007) es el hecho de que ésta nunca se alcanza o se tiene por completo, sino que más bien debe ser demostrada constantemente a los demás alrededor del poder, que es su eje central. Lo anterior es una de las características más conflictivas de la masculinidad, ya que siendo ésta provisional y nunca definitiva, numerosos hombres se ven empujados diariamente a evadir o pronunciarse en contra de las dos amenazas más grandes de la virilidad: la feminidad y la homosexualidad (Cortés, 2004). Otro aspecto relevante donde también coinciden las fuentes anteriores es que no hay un solo tipo de masculinidad. Existen diversos tipos de masculinidades que conviven, aunque no armoniosamente. Un modelo de masculinidad hegemónico se encuentra en lo alto de la jerarquía interactuando con masculinidades subordinadas. Las características asociadas a las masculinidades dominantes suelen variar culturalmente. Herdt (1984, citado en Connell, 2000) señala que en algunas culturas las prácticas homosexuales forman parte de la construcción de las masculinidades hegemónicas, mientras que en otras la homosexualidad se considera incompatible con éstas. Tal es el caso de occidente donde cualquier atisbo de homosexualidad o feminidad pone en duda la masculinidad de los hombres.

Mencionar o enlistar las características de las masculinidades hegemónicas en occidente resulta en alguna medida complicado, pues como señala Ruth Hartley (1974) las demandas de conductas masculinas deseables usualmente se redactan en negativo, es decir, enfocándose en las prohibiciones o en aquellas conductas que no deben ser

² La teorización acerca de las masculinidades comenzó formalmente a inicios de la década de 1980.

realizadas (es decir, cualquier cosa que se considere femenina y por ende relativa a la homosexualidad). Sin embargo, entre las características más asociadas a las masculinidades hegemónicas se encuentran la racionalidad, individualidad, autonomía, liderazgo, competitividad, agresividad, fuerza física, deseo sexual heterosexual constante y la capacidad de proveer económicamente a una familia.

Como habíamos mencionado, las consideraciones de género varían a través de las culturas, nivel socioeconómico y otros factores como la geografía física, y esto no es distinto para las masculinidades. Ramírez (2006, p.45) señala que rechazar cualquier sospecha de feminización es mucho más común en sociedades con menor desarrollo técnico e industrial, sin embargo es un factor que en alguna medida parece estar presente en la mayoría de los contextos socioculturales. Considerando lo anterior, no resulta sorprendente que el mayor insulto que se le pueda hacer a un hombre sea llamarlo mujer, niña o maricón, mientras que para las mujeres el mayor insulto es ser llamada puta.³

Según Connell (2000), el modelo de masculinidad dominante no necesariamente es el más común o el más agradable para los hombres. Sin embargo, funciona siempre como un referente, un modelo al que supuestamente los hombres deben aspirar y bajo el que son comparados y juzgados en todo momento. Pero en la vida diaria las cosas funcionan de manera distinta, las masculinidades subordinadas conviven con las hegemónicas. Difícilmente un hombre cumple rígidamente con todas las características de un cierto tipo de masculinidad. Lo que con frecuencia sucede es que en gran medida los hombres adultos introyectan y despliegan complejas características de masculinidad donde coexisten sentimientos y conductas que pueden resultar incluso contradictorias; tales como el deseo de recibir afecto y tener relaciones emocionalmente cercanas y a la vez guiarse por un estilo de vida sexual donde se actúe como un depredador sexual.⁴

Al igual que con las características atribuidas a las mujeres, socialmente se ha construido una idea de que “así son los hombres”,⁵ pero lejos de constituir unas características dadas y “naturales”, lo que en realidad subyace en los hombres es

³ Los insultos son una estrategia del orden de género patriarcal, sirven para controlar la conducta de los individuos encargándose de que no transgredan los límites del sistema por temor a enfrentarse con el estigma que eso conlleva.

⁴ En el sentido de mostrarse siempre dispuesto a tener relaciones sexuales, no en el sentido de ser un agresor sexual.

⁵ “Boys will be boys” es una frase generalizada que expresa el mismo sentimiento en las culturas angloparlantes, que refleja el imaginario social de que ciertas conductas son innatas en los niños o adolescentes hombres y que resultaría inútil modificarlas.

Una experiencia subjetiva de conflicto, que tiene que ver con el miedo, la vergüenza, y una gran sensación de vulnerabilidad, pues la seguridad de muchos hombres está sostenida por la aprobación que tiene que ser confirmada día a día (Liendro, 1998, p.134).

Muchas veces el hecho de necesitar la aprobación externa para poder considerarse lo “*suficientemente hombres*” los lleva a involucrarse en prácticas de riesgo para poder afirmar su masculinidad (Seidler, 2006). Lo anterior es sumamente problemático, no solo por los costes emocionales que conlleva en los hombres como individuos sino que contribuye también a problemáticas sociales mucho más amplias como aquella de la violencia. En palabras de Cortés (2004, pp.46-47):

Una masculinidad que necesita constantemente autoafirmarse y reforzar su sensación de superioridad ante la amenaza de "caer" en prácticas entendidas como poco masculinas, es una virilidad que está constantemente bajo sospecha y que para mantenerla viva necesita de la violencia, de la fuerza y de la agresividad para justificar y sustentar su dominación. De hecho, la violencia ha sido parte estructuradora de la masculinidad, parte de la forma en que los varones han medido, demostrado y probado su identidad. Se ha llegado a asumir la manifestación de la violencia como el camino más claro para hacerse hombres.

La violencia ha sido y es, tanto en lo simbólico como en lo material, una característica imprescindible de la masculinidad hegemónica. Tanto en Latinoamérica como en otros lugares, la masculinidad está situada en las raíces de la cultura, ya que al haber una larga historia de pueblos guerreros y de colonización, las historias nacionales en gran medida exaltan de sobremanera los sucesos bélicos y a los personajes militares (Liendro, 1998). Tal es el caso de México, donde no hace falta ir más allá de su himno nacional para dar cuenta de que la identidad nacional gira fuertemente alrededor de las batallas militares:

Antes, Patria, que inermes tus hijos bajo el yugo su cuello dobleguen, tus campiñas con sangre se rieguen, sobre sangre se estampe su pie. Y tus templos, palacios y torres se derrumben con hórrido estruendo, y sus ruinas existan diciendo: de mil héroes la patria aquí fue.

Y aunque hoy en día se haga referencia a toda la ciudadanía mexicana por medio del genérico masculino (soldados y héroes), la versión original y más extensa del himno nos permite ver que fue escrito teniendo en mente unos papeles de género muy rígidos y tradicionales, donde efectivamente los discursos que hacían alusión a la valentía y heroicidad iban dirigidos específicamente a los hombres, mientras que a las mujeres se

les mencionaba únicamente como hijas y madres que existían para “premiar” y hacer más amena la vida de los valientes guerreros.⁶

Es entonces claro el vínculo entre masculinidades hegemónicas y violencia, y no solo en el aspecto simbólico. Numerosas estadísticas muestran un componente de género significativo en lo relativo al crimen. Connell (1998) señala que en países como Estados Unidos los hombres son encarcelados diez veces más que las mujeres, mientras que la posesión de armas de fuego es cuatro veces mayor entre los hombres.

Además de la violencia, existe otro aspecto que juega un papel importante en la representación de las masculinidades: el cuerpo de los hombres. Cortés (2004, p.50) señala que las personas aprendemos a moldear y dominar nuestros cuerpos, de manera que su utilización como medio de expresión se adapte a las limitaciones impuestas por el sistema patriarcal, de forma que:

La manipulación, conformación y decoración del cuerpo se refiere, básicamente, a la percepción por parte de los otros, de nuestra persona como un ser con un lugar reconocible en el sistema cultural.

Según Connell (2000) en occidente las masculinidades dominantes están asociadas con un tipo específico de uso del cuerpo que involucra los deportes, la violencia y el fisiculturismo. Aunque tal como se mencionaba con anterioridad, es posible que la mayoría de los hombres no cuenten con unos cuerpos que se ajusten a dicho modelo. Sin embargo, al igual que con las características de las masculinidades dominantes, la imagen del hombre musculoso y atlético funciona como un referente de lo deseable, gozando de todas las atribuciones de poder y virilidad. Vemos entonces cómo las representaciones del cuerpo de los hombres se asocian a las mismas características de las masculinidades dominantes: actividad, potencia sexual, competitividad. En palabras de Cortés (2004, p.53) “el ideal para el cuerpo del hombre, incluso en su ausencia, ha sido siempre la acción”. Sin embargo, como señalan Pleck y Sawyer (1974), conforme avanza la edad de los hombres las habilidades físicas y el desempeño en los deportes se vuelven menos importantes, pero la jerarquización de masculinidades persiste, siendo esta vez evaluadas con base a las habilidades sociales e individuales que se ven reflejadas en el ingreso económico, prestigio social y en el éxito con las mujeres.

⁶ “Vuelve altivo a los patrios hogares el guerrero a contar su victoria (...) que el amor de las hijas y esposas también sabe a los bravos premiar” Recuperado de Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM, 2004.

Todo lo anterior sin duda coloca a muchos hombres en una situación complicada, pues aunque la figura masculina se encuentre estrechamente asociada al poder en las representaciones sociales, no necesariamente todo hombre individual lo tiene (Amuchástegui y Szasz, 2007). Sin embargo, a pesar de la carga emocional que soportan los hombres para ajustarse a tan exigentes estándares, no debemos olvidar en el análisis el privilegio masculino del que gozan.

Como ya hemos mencionado, los mandatos de género no solo operan a nivel individual sino que también se mantienen y reproducen a nivel institucional, de modo que las definiciones de lo masculino y lo femenino no solo circulan accidentalmente en las instituciones, sino que éstas mismas crean condiciones específicas que promueven ciertas prácticas asociadas al género y la heteronormatividad (Connell, 2000). Es por esto que la mayor parte de la organización social está diseñada desde una perspectiva masculina, pues como señala Cortés (2004), son los sujetos dominantes quienes imponen la manera en que quieren ser percibidos, mientras que *los individuos dominados (en este caso las mujeres, homosexuales, transexuales etc.) son pensados y definidos por el lenguaje de los primeros.*

De este modo se configura el privilegio masculino, pues al estar la sociedad organizada por y para los varones, los hombres desde jóvenes van aprendiendo cuál es su lugar en la jerarquía social. Al ver cómo son tratados de modo distinto que sus hermanas o las mujeres a su alrededor, van aprendiendo a dar por sentada su superioridad masculina (Seidler, 2006). Esto está totalmente relacionado con la ilusión de neutralidad que se mencionaba previamente:

El orden masculino ha conseguido impregnar el inconsciente colectivo de unos esquemas estructurales, tanto éticos como sociales y simbólicos, que vienen a acreditar el orden masculino no solo como el único posible, sino como un orden neutro al servicio del conjunto de la sociedad y sobre el cual no se puede discutir, pues es inevitable (Cortés, 2004, p.43).

Por la misma línea, Seidler (2000, p.81) argumenta que las concepciones de modernidad y universalidad que forman parte de nuestro imaginario están influidas fuertemente por una forma masculina de ver el mundo:

El universalismo que acompaña a la modernidad es una concepción más excluyente que incluyente; es un universalismo basado en la experiencia de los hombres que pone esta experiencia como un ideal que otros tienen que cumplir si quieren ser admitidos.

Y aunque desde luego no todos los hombres coincidan con la forma patriarcal de ver el mundo ni sean partidarios de la discriminación que el orden de género mantiene, de algún modo u otro son beneficiarios de dicho sistema social, pues al estar arraigado

estructuralmente, en numerosas ocasiones los beneficios operan automáticamente desde las instituciones. Connell (2000) hace referencia a lo anterior al señalar que aunque algunas masculinidades no defiendan o promuevan el patriarcado, silenciosamente aceptan los privilegios masculinos posicionándose como cómplices del sistema.

2.3. Amor romántico

Desde hace tiempo el amor ha sido uno de los temas más presentes en las narrativas populares, particularmente el amor de pareja. Con gran frecuencia el cine, la televisión y la literatura nos presentan historias de parejas invadidas por un amor romántico e idealizado que en apariencia pareciera ser incondicional, eterno y sumamente satisfactorio. Sin embargo, el amor no constituye una esencia, ni son “naturales” en las personas los arreglos y conductas que giran alrededor de éste. El amor, como el género, es una construcción social.

Clara Coria (2001) enfatiza que el amor de pareja está profundamente condicionado por aspectos culturales, donde se nos imponen modelos supuestamente ideales a los que aspirar, con la intención de que vayan moldeando e influyendo nuestros comportamientos en pareja. Señala que

las expectativas adjudicadas, las maneras consideradas femeninas y masculinas de demostrarlo, el lenguaje amoroso, las normativas amatorias, como también las formas de gozarlo y de sufrirlo, han sido construidas en cada una de las épocas históricas, siguiendo cánones muy precisos que surgían de la moral social imperante, la que a su vez respondía a la estructura de poder dominante (p.15).

Por lo tanto, un aspecto fundamental en la consideración del amor es que éste está atravesado por el poder y las ideologías, de manera que existen amores normativos o hegemónicos, mientras que otros serían subversivos o ilegales (Herrera, 2010). Por decirlo de otra manera, los distintos amores se encuentran jerarquizados, de modo que algunos se posicionan en los imaginarios sociales como deseables (aquellos entre parejas adultas, heterosexuales, preferentemente casadas y dirigidas a la procreación), mientras que otros se nos muestran como menos aceptables, o bien resultan transgresores de la moral o reglas imperantes (el amor entre personas homosexuales, transexuales, ancianas o entre personas de clases sociales distintas).

Los amores que transgreden las pautas normativas resultan amenazantes para el sistema político y social imperante ya que la ideología amorosa occidental ha devenido en la institucionalización de los sentimientos y las relaciones afectivas guiadas por una

ideología patriarcal que promueve un sistema monogámico y heterosexual (Herrera, 2010). La misma autora señala que debido a la normalización y exigencia de un cierto tipo de amor, los amores subversivos pueden resultar “potencialmente revolucionarios” (p.239).

Del mismo modo, Mari Luz Esteban (2011, p.40) coincide con lo anterior al señalar que el amor no solo afecta las dinámicas individuales entre mujeres y hombres, sino que también inspira leyes e incide en la vida política e institucional, a la cual se le reviste y alimenta constantemente de una “ficción romántica, que no solo enaltece las supuestas virtudes de la vida en pareja sino que intenta minusvalorar, subordinar cualquier otra alternativa”.

Lo anterior se logra mediante la intervención de varios factores en la vida social, donde unos con la ayuda de los otros hacen posible el mantenimiento y la reproducción de ciertas costumbres e ideologías sociales, en este caso la del amor occidental. Según Herrera (2010), la familia es la clave principal en la educación e internalización de normas y costumbres sociales. Señala que esta opera en conjunto con el Estado, que provee de centros de formación e instituciones públicas que refuerzan lo aprendido en familia, y finalmente, el poder simbólico termina de afianzar dichas ideologías al ofrecer narrativas que promuevan ciertos modelos de comportamiento hegemónico. La autora también señala que la sociedad penaliza económicamente a las personas solteras al otorgar, por ejemplo, ventajas fiscales a las parejas casadas.

Como hemos visto, el amor occidental de pareja promueve las relaciones entre adultos heterosexuales, preferentemente casados y con intenciones de procrear. Entre otras características del amor de pareja actual se encuentra, por supuesto, la libertad en la elección de pareja y una importancia central en la intimidad y compromiso entre los miembros.

Sin embargo, a través de la historia han existido diversas formas de concebir el amor de pareja que han influido nuestra concepción actual del amor, y como veremos, también han influido en la subjetividad de mujeres y hombres.

Marcela Lagarde (2001, pp.44-46) señala que en Europa, durante los siglos XIII, XIV y XV vinculado al surgimiento y expansión de la cultura burguesa se desarrolló el *amor burgués*, que trajo consigo una forma radicalmente distinta de concebir el amor entre mujeres y hombres. Lagarde menciona que previamente el *amor cristiano* había separado al amor espiritual del carnal, mientras que el amor burgués los unió de nuevo. Antes el amor se dejaba para relaciones eventuales, es decir, no estaba presente en el

matrimonio, ya que este se realizaba por conveniencia social al unir miembros de varias familias. Sin embargo, con el amor burgués se unen en una misma relación la pasión erótica y espiritual, así como la convivencia, que deben ser vividas y consumadas dentro del matrimonio. El amor burgués establece como norma obligatoria la heterosexualidad, y viene a cambiar la práctica del *amor cortés*, donde los hombres experimentaban grandes pasiones eróticas idealizadas que no se llegaban a realizar nunca. Así, los amores ideales dejan de ser permitidos, y se establece que el amor pasión debe conducir al matrimonio y a la procreación.

La llegada del amor burgués fue de vital importancia en la historia, pues según Lagarde (2001) los fundamentos de este, pese a algunas diferencias y modificaciones, siguen estando muy arraigados en las relaciones amorosas actuales.

Durante el siglo XIX se estimula ampliamente el romanticismo sentimental femenino mediante la proliferación y difusión de lecturas de novelas románticas que se publicaban en revistas femeninas (Herrera, 2010). La misma autora señala que es en este momento donde surge la idea de la “mujer de su casa”, especialmente en los países europeos con clases medias, idea que poco a poco va ganando terreno y que es promovida incluso a través de las novelas, obras pictóricas y libros de consejos familiares dirigidos a las mujeres.

Dicha asociación de las mujeres con el ambiente doméstico estuvo reforzada también por el *amor victoriano*. Lagarde (2001, pp.53-55) señala que éste modelo de amor, cuyo nombre deriva de la Reina Victoria que gobernó Inglaterra durante la transición del siglo XIX al XX, exalta el estereotipo de madre perfecta en una sociedad de por sí conservadora y patriarcal. Según Lagarde, el amor victoriano pone fin al amor burgués, condenando la pasión erótica y guiándose por una religiosidad conservadora donde numerosas acciones eran consideradas pecado. La maternidad se convirtió entonces en un modelo femenino, valorando de sobremanera los embarazos constantes y la reclusión en el hogar de las mujeres. Cuando ellas salían de los hogares, lo hacían solo por causas ligadas a “la maternidad social” (cuidar de enfermos, huérfanos etc.) y su exclusión de la vida laboral era interpretada como el poder y autosuficiencia de los hombres para poder mantenerse a sí mismos y a sus familias.

Aunque muchas de las ideas del amor victoriano se hayan modificado, la autora afirma que aún quedan muchos de sus rasgos presentes en las ideologías de las clases medias en el mundo occidental.

Después viene el *amor romántico* o pasional, que según Herrera (2010) posee una gran intensidad emocional, donde las parejas sienten fusionarse y guiarse por una sensación “mágica” que les invade. Este amor romántico surge como respuesta al conservadurismo victoriano, donde se desea vivir sin restricciones las pasiones del amor; y se reivindica la pasión erótica y el amor fuera del matrimonio (Lagarde, 2001).

El amor romántico ha tenido una gran influencia en la forma occidental y contemporánea de concebir el amor. Esteban (2011, p.23) se refiere a esta concepción como “*Pensamiento Amoroso*”, al que describe como

Un conjunto articulado de símbolos, nociones y teorías en torno al amor, que permea todos los espacios sociales, también los institucionales, e influye directamente en las prácticas de la gente, estructurando unas relaciones desiguales de género, clase y etnia, y un modo concreto y heterosexual de entender el deseo, la identidad y, en definitiva, el sujeto.

Según la autora, este pensamiento amoroso también propicia una forma limitada, dicotómica y complementarista de entender las relaciones entre mujeres y hombres que, como veremos más adelante, generan numerosas problemáticas.

En general, varias autoras coinciden en que el amor romántico ha sido una herramienta clave para mantener la subordinación de las mujeres (Coria, 2001; Lagarde, 2001; Herrera, 2010, Esteban, 2011). Lo anterior sucede por varios motivos, uno es que el amor parece dotar a las mujeres de un poder especial, ya que está relacionado con los sentimientos, que es donde las mujeres (debido a los estereotipos) han tenido más terreno históricamente (Herrera, 2010), y el otro es que al haber estado excluidas del mundo público, recluidas en el ámbito doméstico y privadas de numerosas fuentes de satisfacción personal, el amor de pareja se posicionó como uno de los ejes centrales de satisfacción femenina, ocupando en sus mentes un lugar primordial, donde las narraciones dominantes alimentaban la ficción de que el amor del marido las completaría y les proveería felicidad, plenitud y un sentido de vida (Coria, 2001). Lo anterior provocaba que muchas mujeres, bajo la fantasía del amor romántico, se conformaran con los pocos derechos sociales que tenían y vivieran bajo la idea de que amar significaba sacrificarse y anteponer los deseos del otro a los suyos propios.

Sin embargo, como acertadamente recuerda Herrera (2010), no debemos olvidar que la clase social es también un componente fundamental (además del género) en la vivencia del amor. La autora señala que ese romanticismo idealizado que rondaba en la vida de las mujeres se limitaba a los sectores de clase media, pues las mujeres trabajadoras, que eran mayormente analfabetas, no estaban en contacto con las novelas románticas, además de que tanto ellas como los hombres de su clase social difícilmente podían

casarse debido las largas jornadas laborales y al poco sueldo que ganaban. De modo que eran, en palabras de la autora, “las mujeres aburridas” las que fantaseaban con el amor romántico, ya que era una de las pocas expectativas personales que tenían. Sin embargo, Herrera también señala que en ese contexto, el deseo por ese tipo de amor puede considerarse como transgresor y subversivo de parte de esas mujeres, ya que defendían su derecho a elegir marido.

Es cierto, como señala Coria (2001), que la situación de las mujeres de hoy, al menos en ciertos lugares de occidente, es muy distinta que la de las mujeres de entonces, ya que pueden tener acceso a la independencia personal y a disfrutar de relaciones amorosas donde puedan priorizar sus propios deseos. Sin embargo, la autora menciona que aún en pleno siglo XXI podemos encontrar infinidad de vestigios medievales en nuestras concepciones del amor, incluso en las mujeres que se consideran “liberadas”.

Lagarde (2001, p.36) hace referencia a lo anterior señalando la contradicción en la que muchas personas viven, particularmente mujeres. Explica que muchas de ellas son “mujeres modernas con mitos tradicionales”, y que a pesar de contar con distintos elementos de la modernidad como pensamiento crítico y análisis concreto, en el amor se guían por expectativas y exigencias tradicionales, influidas por los mitos que se les han inculcado y que han alimentado sus fantasías.

Y es que, como señala Esteban (2011), el impacto de los movimientos feministas que abogaban por los derechos de las mujeres, así como los avances legales y sociales que se lograron, fue mucho más rápido que el cambio de mentalidades y de relaciones interpersonales, motivo por el que aún vivimos bajo las influencias de ideologías conservadoras.

Actualmente las ideas asociadas al amor romántico son muy similares en distintos puntos del mundo occidental, esto sucede gracias a la difusión de películas, música y otras producciones de la cultura pop, que llegan a diversos lugares por medio de las antenas parabólicas y el Internet; lo anterior es de suma importancia, ya que “los grandes conglomerados culturales *no solo exportan entretenimiento, sino también ideología*” (Herrera, 2010, p.78). En este contexto:

Las ideologías amorosas circulantes repiten y repiten que el amor es eterno, que el amor no ha cambiado, que todo el mundo quiere lo mismo en el amor. Esos mitos se refuerzan en la cultura amorosa en la que seguimos siendo educadas, que nos asigna [a las mujeres] el papel de seres en servidumbre (Lagarde, 2001, p.37).

Dicha mentalidad amorosa donde supuestamente “todo el mundo quiere lo mismo” se ha logrado imponer con un proceso llamado “habitación”, que según señala Herrera (2010), es el proceso previo a la institucionalización (en este caso del amor). La habitación consiste en un conjunto de actos que al repetirse con frecuencia van creando pautas que luego puedan reproducirse con facilidad de una misma manera, donde

Los significados de estas habituaciones pertenecen al depósito general de conocimiento (...) que las personas tienen a su alcance para sus proyectos futuros. La habitación tiene la gran ventaja psicológica de restringir las opciones, porque gracias a ella no es necesario volver a definir cada situación de nuevo, paso por paso (Herrera, 2010, p.116).

El mayor logro de la institucionalización del amor ha sido posicionar al matrimonio como destino final de las parejas heterosexuales. Aunque como es sabido, las funciones de dicha institución se han modificado a lo largo de la historia.

Esteban (2011) señala que en la década de 1960 toma fuerza un nuevo patrón amoroso que está menos vinculado a la durabilidad, a partir del cual se genera un proceso de cambio donde las parejas se deshacen con mayor facilidad a la vez que vuelven a (re)constituirse. Del mismo modo, el matrimonio se ha convertido también en algo mucho más alegre y más satisfactorio que nunca antes, pero simultáneamente se ha vuelto más opcional y quebradizo (Coontz, 2006 citada en Esteban, 2011, p.59).

Es importante considerar que el hecho de que las tasas de divorcio se hayan incrementado enormemente no supone que el matrimonio como institución esté en crisis, ya que el divorcio sigue siendo considerado como un fracaso y la mayoría de la gente sigue aspirando a tener relaciones de pareja duraderas que coincidan con la ideología romántica (Esteban, 2011).

En el imaginario social actual del amor aún viven muchos mitos amorosos que surgieron siglos atrás. Los más comunes son el mito de la media naranja, el príncipe azul, así como las ideas de durabilidad, exclusividad y fidelidad en la pareja.

Estos mitos que se nos presentan a través de historias, películas o literatura, provocan tensión en las relaciones reales de pareja, ya que al compararlos con la realidad se genera la frustración, ya que ni la relación, ni la persona amada, ni nosotros mismos somos tan maravillosos como los mitos sugieren (Lagarde, 2001). Las ideas de que el amor todo lo puede y que los sentimientos son ajenos a nosotros (nos invaden y no tenemos control sobre ellos) afectan principalmente a las mujeres (Esteban, 2011) a la vez que empobrecen nuestras relaciones, pues:

Los mitos amorosos crean unas expectativas desmesuradas que aprisionan a la gente en divisiones y clasificaciones que perpetúan un sistema jerárquico, desigual y basado en la dependencia de sus miembros. Además, provocan dolor en la gente porque el amor no es eterno, ni perfecto, ni maravilloso, ni nos viene a salvar de nada (Herrera, 2010, pp.295-296).

Los mitos resultan conflictivos y provocan sufrimiento porque operan de la mano de unos estereotipos de género muy rígidos y tradicionales. Los hombres y las mujeres al haber sido educados dentro de las culturas patriarcales, han aprendido a expresar sus sentimientos de modos distintos, lo que provoca que aun en las relaciones amorosas se perpetúen las desigualdades de género (Herrera, 2010). A ese aspecto de la desigualdad de género hace referencia Esteban (2011, p.85) cuando señala que:

El amor está uniendo a tipos de personas que están siendo previa y paralelamente construidas como diferentes y/o desiguales y que, por tanto, pueden partir (y mantener) de cotas distintas de poder.

Es por eso que para poder entender los conflictos que surgen dentro de las relaciones de pareja es necesario revisar los estereotipos que se ponen en juego durante las relaciones amorosas.

Por un lado, las mujeres integran el sufrimiento como una parte del amor, asumiendo que amar es sufrir, de modo que el sufrimiento llega a convertirse en una virtud para ellas (Lagarde, 2001). Lo anterior sucede en parte porque la identidad de las mujeres en occidente tiende a construirse y afirmarse en relación con los demás, alcanzando su clímax en la relación amorosa (Esteban, 2011), motivo por el cual muchas mujeres tienden a privilegiar los deseos de la pareja (o de los hijo/as) aunque para ello tengan que anular sus propios deseos y necesidades, lo que las lleva a “confundir amor con servilismo” (Coria, 2001, p.27).

Por otro lado, los hombres al ser socializados para convertirse en seres independientes, fuertes y racionales, en numerosas ocasiones experimentan dificultades interpersonales, ya que tener necesidades emocionales está asociado con lo femenino y es por tanto considerado como un signo de debilidad. Muchos hombres crecen con la idea de que tener autocontrol equivale a silenciar sus necesidades emocionales (Seidler, 2000).

A pesar de los obstáculos en la comunicación que puedan derivar de la rigidez de los estereotipos, Fasteau (1974) señala que aunque muchos hombres admiten no poder hablar con otros hombres acerca de su vida emocional, en ocasiones sí logran expresar sus sentimientos cuando hablan con mujeres. Aunque lo anterior sucede en un contexto donde dichos hombres experimentan esa capacidad de apertura con las mujeres como

un espacio “seguro”, que deriva de la concepción que tienen de ellas como subordinadas, por lo que se asume que no se atreverán a juzgarlos.

En cualquier caso, lo que es evidente es la carga que el sistema de género impone también a los hombres, donde a pesar de ser socializados para ser altamente eficientes, autónomos y capaces de resolver problemas, en el plano emocional son en numerosas ocasiones seres incompetentes... en palabras de Seidler (2000, p.147) “aprendemos a hablar por otros antes de haber aprendido a hablar por nosotros mismos en tanto hombres”.

Entonces, ¿qué sucede cuando una pareja se guía por estas ideas equívocas del amor, donde el comportamiento de ambos está sumamente generizado? Coria (2001, p.29) señala que cuando una persona decide sacrificar todo “por amor” se generan en la relación unos costos sumamente altos:

Estos sacrificios son en realidad renunciaciones unilaterales que no hacen sino intensificar las expectativas de retribución por parte de quien así se "sacrifica". Expectativas que, con frecuencia, se transforman en demandas asfixiantes hacia el beneficiario de dichos "sacrificios". El resultado final suele ser insatisfactorio, tanto para el beneficiario como para el benefactor, porque el costo de los sacrificios siempre es demasiado alto y se convierte en una duda insalvable. (...) El que ha invertido su vida (cuyo tiempo irreversible es irrecuperable) [anulando] sus anhelos, su personalidad, sus ambiciones y sus particulares necesidades de comunicación, desarrollo personal o afectivo, termina reclamando un resarcimiento imposible de satisfacer. Por otro lado, el que es reclamado como deudor, suele sentirse tan agobiado por el peso de la demanda que el vínculo amoroso se transforma en un cautiverio infernal.

Y aunque no en todas las relaciones se den los conflictos a un nivel tan elevado, los roces y tensiones derivados de las expectativas irreales del amor y de evaluar a las parejas bajo ciertos mitos y estereotipos de género suelen aparecer o estar presentes de algún modo, provocando desgastes en la relación de pareja.

Otro aspecto relevante para comprender la ideología amorosa occidental es el de los ritos que se han formado alrededor del amor, y su pervivencia actual.

Existen varios mandatos sociales acerca de las relaciones de pareja que son generalmente implícitos, pues vivimos bajo una cierta libertad de elección, aunque como ya dijimos, existen mecanismos ideológicos, fiscales y legales para penalizar a quienes transgreden esas normas.

Uno de los mandatos culturales occidentales más importantes asociados al amor de pareja es aquel que regula la constitución misma de ésta. Dichas normas implícitas establecen, como ya vimos, que los miembros de la pareja sean adultos, monógamos y

heterosexuales. Sin embargo, hay varios matices que involucran otros aspectos como la clase social y etnia de la persona.

Lagarde (2001) relata que en la moral antigua, se buscaba en las parejas que las mujeres provinieran de una clase o estrato social inferior a la del hombre, justificando lo anterior bajo el supuesto argumento de que como los hombres tenían que ser proveedores, debían estar en una clase más alta. Sin embargo, la autora menciona que en realidad lo que se buscaba era garantizar la desigualdad económica de la mujer dentro de la relación.

Actualmente sucede algo muy similar con la edad de las parejas, pues en general se valora que sean los hombres mayores que las mujeres. Herrera (2010) señala que muchos hombres se sienten más seguros con mujeres menores pues así evitan sentir inseguridades frente a una pareja de mayor edad, y de ese modo pueden “enseñar” cosas a la mujer y dominarla con mayor facilidad. Lagarde (2001, p.78) coincide con lo anterior al resaltar que de ese modo se “asegura la dominación en nombre de la experiencia de vida”, además de que “la inexperiencia vital de las mujeres se valora porque asegura el liderazgo interno [del hombre] en la pareja”.

Es por eso que al intentar mantener la pervivencia de un sistema de género atravesado por factores como la clase social y la etnia, los relatos repiten las mismas historias de amor, donde casi siempre “las mujeres son más pobres, más jóvenes, más débiles, más oscuras de tez... que los hombres. Es decir, inferiores y dignas (en el mejor de los casos) de protección” (Esteban, 2011, p.55).

Entre los ritos que aún destacan en la ideología amorosa de occidente se encuentra la boda, y el hacer regalos. Herrera (2010, p.299) señala que los relatos patriarcales presentan el día de la boda como “el día más importante” en la vida de las mujeres, como si ese día adquirieran un porqué de su existencia, todo eso por aquella característica del pensamiento amoroso que menciona Esteban (2011) donde se vislumbra a las mujeres como incompletas o dependientes mientras que a los hombres se les percibe como completos, motivo por el cual no enfocan todas sus energías en las relaciones de pareja ni la vuelven responsables de su felicidad. La tradición de dar regalos, señala Lagarde (2001), comienza como muestra simbólica del poder de los hombres sobre las mujeres, aunque hoy en día ya se ha extendido y modificado, de modo que las mujeres también dan regalos a sus parejas. Sin embargo, la autora señala que el regalar perfumes u artículos relacionados con lo corporal y la sexualidad tienen relación con aquellas tradiciones pasadas.

Esteban (2011, p.50) señala que toda esta “parafernalia y ritualización amorosa es todo lo contrario a la naturalidad” y que es reforzada a través de “referencias infinitas” recibidas de la publicidad, la escuela, la familia, el cine, la música etc. También señala que para las mujeres, toda esta centralidad en lo romántico se fomenta desde que son muy pequeñas, como “un proceso absolutamente ritualizado a lo largo de toda la vida” influido por juegos que estimulan la fantasía, muñecas, maquillaje etc., además de otros rituales sociales que enfatizan lo corporal y la heterosexualidad como los bailes, donde según Esteban se aprenden técnicas y lenguajes que tienen que ver con la presentación de la mujer y su ocupación del espacio, entre otras cosas.

Dentro de todos los ritos de la ideología amorosa, no podemos olvidar el de la caballerosidad, que aunque ha ido perdiendo fuerza aún muchas mujeres siguen demandando de sus parejas conductas particulares como que les abran la puerta del automóvil (aunque tengan que esperar sentadas en el interior mientras él da la vuelta al automóvil), que les cedan el lugar en caso de que no haya asientos disponibles o que les paguen absolutamente todo lo que consumen en sus tardes recreativas.

La caballerosidad es en realidad otro artificio del patriarcado, y ha sido colocado incluso en la categoría de “sexismo benevolente” (un tema del que hablaremos más adelante). En palabras de Kate Millett (1975, p.49):

La caballerosidad (...) no representa sino una concesión, un generoso resarcimiento ofrecido a la mujer para salvar las apariencias. La galantería es, al mismo tiempo, un paliativo y un disfraz de la injusticia inherente a la posición social de la mujer.

Las acciones de caballerosidad no eximen a quien las ejecuta de contribuir y promover a la subordinación de las mujeres en otras maneras. La autora señala que historiadores que estudiaron el amor cortés, señalan que la idealización femenina de la época tuvo escasa influencia en el estatus social de las mujeres. Por lo tanto, este tipo de conductas que supuestamente valoran de sobremanera a la población femenina, poniéndola en un pedestal y brindándole numerosas comodidades no refleja ninguna intención real de contribuir a la igualdad entre mujeres y hombres, sino que más bien, como mencionan Glick y Fiske (2012), pareciera sosegarlas y apartarlas por un momento de la lucha por sus derechos al hacerles creer que todo va bien.

Como se ha visto, muchos mitos antiguos sobre el amor siguen incidiendo en las vidas y relaciones de pareja de numerosas personas, en particular la de las mujeres debido a la promoción constante de los estereotipos de género.

Según Lagarde (2001), hoy en día las mujeres siguen siendo influidas por la ideología que marca que la felicidad se encuentra en una forma muy particular de amor de pareja, y aunque las mujeres puedan tener muchas otras cosas valiosas en sus vidas, cuando no logran entrar en ese modelo de amor se les considera como infelices. La autora señala que debido a esa presión ideológica, muchas mujeres soportan mucho mejor el desamor o situaciones conflictivas dentro de una pareja antes que la falta de alguien a quien amar.

Herrera (2010, p.356) señala que mientras más oprimidas estén las mujeres en determinada cultura, más se exagera el romanticismo en el imaginario colectivo. Sin embargo, lo que sucede ahora es que muchas mujeres modernas se guían por “*una mezcla entre anhelos de libertad y restos de la ideología patriarcal*”⁷ que resulta sumamente problemática y contradictoria, ya que por un lado se anhela la libertad pero por el otro se desea vivir un tipo de amor intenso que promueve la desigualdad de género.

Al respecto de lo anterior, Esteban (2011, p.86) señala que en un momento y un contexto donde se reivindica el amor por encima de todo es difícil renunciar a esos vínculos, sin embargo resalta la urgencia de modificar el amor, “de-construirlo, des-centrarlo, des-encarnarlo y re-encarnarlo”. Lagarde (2001, p.88) señala la necesidad de abandonar los mitos y de que las mujeres se asuman como protagonistas de sus relaciones de pareja, siendo capaces de elegir y no considerarse como afortunadas “de haber sido elegidas entre millones”, diferenciando valores personales de estereotipos de género y siendo conscientes de que toda relación conlleva ganancias a la vez que pérdidas.

Cuando los individuos, y en particular las mujeres, puedan asumirse como los protagonistas y pilares de su propia vida, cuando se asuman como seres “intrínsecamente solos”, es cuando podrán estar con otros plenamente; y es necesario ser conscientes de que lo anterior: “no significa renunciar a la compañía de una pareja, ni tampoco dejar de recibir el alivio que un amor solidario pueda ofrecer” (Coria, 2001, p.56).

2.4. Sexualidad

El estudio de la sexualidad es bastante complejo, pues numerosos factores intervienen en su construcción mientras que otros más enturbian el análisis.

⁷ Las cursivas son mías

Al igual que el género y los diferentes conceptos de amor, la sexualidad también es una construcción social. Jeffrey Weeks (1998, p.19), uno de los estudiosos más destacados del tema, señala que una de las dificultades más grandes que enfrentan quienes estudian la sexualidad es el riesgo de caer en “la falacia naturalista de que la clave de nuestro sexo está en alguna parte de los nichos de la ‘naturaleza’”, y que la ciencia sexual (de la mano de la biología y las neurociencias) es la mejor forma para acercarse.

Si bien es cierto que los elementos necesarios para que se dé la sexualidad se encuentran en el cuerpo, la estructura y la fisiología no determinan ni explican el significado atribuido culturalmente a la sexualidad ya que los actos solo adquieren significado dentro de las relaciones sociales (Vance, 1989; Weeks, 1998). Lo anterior no significa que los aspectos biológicos no sean prerequisites de la sexualidad, pero ésta no puede comprenderse puramente en términos biológicos, del mismo modo que la gastronomía no puede entenderse analizando el hambre o el sistema digestivo (Rubin, 1989). A los enfoques que consideran la sexualidad como una unidad fija, asocial y ahistórica se les conoce como esencialistas. El esencialismo reduce la complejidad del mundo a la sencillez de las unidades constitutivas de un fenómeno y a la vez es determinista ya que intenta explicar a los individuos como productos que responden automáticamente en función del instinto, los genes u hormonas (Weeks, 1998, p.19).

La sexualidad es un producto cultural que ha ido cambiando a través de la historia. De lo anterior deriva que exista una gran diversidad sexual a través de las diferentes culturas, pues las actividades que son condenadas o promovidas en algunas sociedades son distintas que las que se condenan o favorecen en otras, del mismo modo que las ideas de lo que se considera atractivo, erótico o satisfactorio (Vance, 1989). Numerosos profesionales, como los antropólogos Mead y Malinowski o los sociólogos Gagnon, Simon y Plummer, dan cuenta de que en la sexualidad “la norma es la variedad y no la uniformidad” (Weeks, 1998, p.21).

Hay que tener en cuenta, como señala Weeks (1998), que hablar de una historia del sexo no es hablar de una historia de la reproducción, y que, como señala Carole Vance (1989), la construcción social de la sexualidad va mucho más allá de simplemente elegir de una serie de opciones sexuales los actos que son permitidos y rechazar a los que no. De acuerdo a la autora, ésta también implica la forma misma en que los aspectos relacionados con la sexualidad se piensan, nombran, describen y definen. Va más allá de los mismos actos, engloba todo el entramado simbólico que se les asigna socialmente.

El estudio de la sexualidad como constructo social es de gran relevancia, pues los significados que se le atribuyen se encuentran presentes no solo en el imaginario de las personas, sino también en los tratados morales, leyes, prácticas educativas, teorías psicológicas, definiciones médicas, ritos sociales, y por supuesto en las producciones culturales como los materiales pornográficos o románticos, la música popular etc. (Weeks, 1998).

Las concepciones occidentales actuales sobre la sexualidad están influidas de alguna manera por acontecimientos de otros tiempos. Rubin (1989) señala que en el siglo XIX, especialmente en Inglaterra y en Estados Unidos, se realizaron fuertes movimientos sociales que centraron la atención a las conductas que fueron designadas como 'vicios'. Como respuesta a dichos movimientos, la autora señala que se generaron campañas políticas y educativas que promovían la castidad, buscaban eliminar la prostitución y reprimir la masturbación, especialmente entre la gente joven. De forma similar, Weeks (1998) menciona que el occidente cristiano ha concebido al sexo como una fuente de angustia y conflicto moral, de ahí deriva que se haya generado la fuerte separación entre el dualismo mente/cuerpo.

Aunque muchos de los castigos aplicados en esos tiempos han sido abandonados, Rubin (1989) señala que las actitudes que los produjeron aún se encuentran presentes hoy en día, logrando influir aún en las preocupaciones políticas y sociales de la sexualidad, particularmente en la preocupación acerca de los jóvenes y sus experiencias sexuales. La misma autora (1989, p.113) menciona que es posible que muchas personas puedan considerar el estudio de la sexualidad como algo superficial o poco trascendental hoy en día, considerando que hay problemas tan fuertes como las guerras, la pobreza, el racismo o las enfermedades. Sin embargo, la autora señala que es precisamente por eso que no debemos abandonar el análisis, ya que es en dichos ambientes turbulentos donde se vuelve "más probable que la gente se vuelva peligrosamente desquiciada en lo referente a la sexualidad". Un ejemplo de lo señalado por Rubin es la violencia sexual presente en los conflictos armados, que lamentablemente ha sido utilizada como una herramienta estratégica para descomponer el tejido social.⁸

⁸ Una referencia interesante acerca de este punto la podemos encontrar en "Women Under Siege", que es un proyecto en el que diversas periodistas investigan acerca de cómo la violación y otras formas de violencia sexual han sido utilizadas sistemáticamente como herramientas de desestabilización social en las guerras y en los genocidios. En su sitio web (<http://www.womenundersiegeproject.org/>) se recogen diversos testimonios y se presenta información acerca del tema.

Lo anterior es sumamente relevante, pues queda claro que la sexualidad no es un tema desvinculado de nuestras vidas sino todo lo contrario, las consecuencias materiales son muchas y no pocas veces devastadoras. El estudio y análisis de la sexualidad se vuelve más importante en sociedades como la nuestra donde se considera que el sexo es una fuerza incontrolable, y especialmente la sexualidad masculina, lo que proporciona una justificación ideológica para el acto de la violación.

Esto nos lleva a reconocer, como señala Rubin (1989), que la sexualidad también posee sus propias desigualdades y formas específicas de opresión social. Para empezar a comprender las complejidades de la sexualidad es necesario abandonar la idea de que existe un juego constante entre presión y desahogo, represión y liberación (Weeks, 1998, p.30):

La sexualidad no es una olla de vapor que debemos tapar porque nos puede destruir; tampoco es una fuerza vital que debemos liberar para salvar a nuestra civilización.

Uno de los componentes característicos de la sexualidad occidental es lo que Rubin (1989) llama la negatividad sexual, con esto se refiere a que el sexo es generalmente considerado como peligroso o destructivo y por ende muchas veces penalizado.

Como expuesto en Weeks (1998), cada cultura establece restricciones acerca de las parejas sexuales con las que podemos involucrarnos, de que género, edad, parentesco, etnia, clase etc., y restricciones sobre lo que podemos o no hacer, los órganos que se pueden utilizar, los orificios que se pueden penetrar, lo que se puede tocar, la frecuencia etc. En occidente, muchas de las normas del sexo están basadas en función de uno de sus posibles resultados, la reproducción.

Rubin (1989) señala que, a menos que exista una razón particular, las conductas sexuales y eróticas generalmente se consideran malas. La autora señala que entre las excusas o motivos que hacen que lo sexual se considere aceptable se encuentra el matrimonio, la reproducción y el amor.

Alrededor de los siglos XVIII y XIX se dio una nueva configuración en el orden de la sexualidad donde las relaciones con el otro sexo (es decir heterosexuales) se fueron posicionando como lo "normal", relegando a las otras relaciones a la categoría de desviaciones (Weeks, 1998). Lo anterior ha provocado un sistema jerárquico en la sexualidad. En lo alto de la jerarquía se encuentran los heterosexuales reproductores casados, debajo le siguen los heterosexuales monógamos no casados pero agrupados en parejas seguidos de los heterosexuales solteros. El fuerte estigma que pesaba sobre la masturbación ha ido desapareciendo, aunque aún se considera como un sustituto de

los encuentros en pareja. Las parejas estables de lesbianas y gays se encuentran al borde de lo que se considera respetable, seguidos de los homosexuales promiscuos. Finalmente, en lo más bajo de la jerarquía se encuentran las personas transexuales, travestis, fetichistas, sadomasoquistas, personas que se dedican a la prostitución y las parejas que transgreden las fronteras generacionales (Rubin, 1989).

Aunque algunas de las fronteras que marcan la división entre las jerarquías se han ido flexibilizando, llegando a aceptar algunas formas de heterosexualidad extramatrimonial y no reproductiva, para las mujeres el hecho de transgredir públicamente el estereotipo de la mujer “buena” sigue teniendo fuertes repercusiones sociales (Vance, 1989).

Todas estas normas acerca de la sexualidad están profundamente influidas por diversas ideologías, y sus consecuencias tanto materiales como de prestigio social son significativas para las vidas de las personas. Rubin (1989) señala que los individuos que se encuentran en lo alto de la jerarquía tienen mucha más respetabilidad social a la vez que sus características sexuales son asociadas con la salud mental y legalidad, se ven recompensados con facilidad de movilidad física y social así como apoyo institucional y beneficios materiales; por otro lado, quienes están al final de la jerarquía se les asocia con la enfermedad mental y muchas veces la criminalidad. Dichas personas cuentan con poca o nula respetabilidad y enfrentan numerosas restricciones en su movilidad física y social, con frecuencia enfrentando barreras institucionales y económicas.

Lo anterior tiene una importancia tremenda, pues influye directa y diariamente en numerosos aspectos de la vida de las personas, aunque con frecuencia quienes se encuentran en la punta de la jerarquía no perciben sus privilegios, pues como comentamos con anterioridad, los privilegios del género o en este caso de la sexualidad, se vuelven invisibles para quienes no sufren las consecuencias de este sistema jerárquico. Podemos imaginar lo distinta que será la vida diaria para una mujer heterosexual, casada y de clase media, que la vida de una mujer transexual de clase baja (o incluso media), que enfrentará más restricciones en su movilidad, por ejemplo, al serle impedida la entrada a ciertos lugares públicos debido a su apariencia que transgrede el sistema de género.

Esto provoca también que los actos sexuales heterosexuales sean reconocidos de tener una complejidad moral, por ejemplo pueden ser libres o forzados, románticos o agresivos etc., mientras que los actos sexuales de quienes están en el fondo de la jerarquía suelen ser considerados sin distinción como repulsivos y carentes de componentes emocionales o románticos (Rubin, 1989).

Como es bien sabido, las restricciones o normas sexuales no solo operan en función de la orientación sexual o el estado civil de las personas, también existen consideraciones distintas dependiendo de otros factores, pero el más relevante suele ser si se es mujer u hombre. El concepto de virginidad ha sido quizás una de las construcciones más efectivas para el control de la sexualidad, especialmente de las mujeres.

Al igual que otros aspectos culturales, el concepto de virginidad no siempre fue el mismo de ahora ni siempre tuvo la misma relevancia social. En la mitología griega las diosas Atenea y Artemisa eran consideradas vírgenes, pero no por su falta de actividad sexual, sino porque la actividad sexual se daba fuera de un matrimonio monógamo; a través de varias generaciones, los hombres relacionaron la pérdida de la virginidad con la entrada a un matrimonio convencional (Pomeroy, 1990). El cambio de la concepción de la pérdida de la virginidad con el hecho de tener un primer encuentro sexual (heterosexual, un pene dentro de una vagina) surgió posteriormente. Con la generación de la riqueza y la acumulación de propiedades el control de la sexualidad femenina comenzó a cobrar importancia ya que de ese modo se aseguraba la legitimidad de los hijo/as. Es entonces cuando la virginidad de las hijas se convierte en un aspecto fundamental para las familias ya que traía beneficios económicos, aunque esta importancia era generalmente en las clases altas, ya que en las familias que vivían en la pobreza no tenían mucho que se pudiera heredar (Lerner, 1990).

Aunque actualmente el concepto de virginidad no tiene una función específica como en ese entonces, aún ejerce cierta presión al modelar la conducta sexual de muchas mujeres jóvenes para evitar ser llamadas “putas” y la estigmatización que eso conlleva. Como es sabido, el control de la sexualidad es mucho más rígido cuando se trata de las mujeres, pues cuando se trata de los hombres las normas sociales son siempre mucho más laxas, particularmente en el ámbito de la sexualidad.

Otro aspecto de gran importancia es el análisis del deseo. Nuestros deseos también están influidos por la cultura y el orden de género imperante, de modo que lo que nos gusta, nos atrae y lo que consideramos deseable y placentero o no, está profundamente influido y determinado por las normas culturales. Según Catherine Mackinnon (1989) el hecho de que en este orden de género sea el grupo de los hombres el que tiene el poder, provoca que las visiones e intereses de dicho grupo definan y construyan lo que

significa la sexualidad en sí.⁹ Lo anterior provoca que mujeres y hombres miremos el mundo a través de los términos de la sexualidad masculina, es decir, aunque no estemos analizando “la sexualidad masculina” como tal, estamos percibiendo el mundo a través de su marco de referencia (Weeks, 1998). A esto se refiere Mulvey (citada en Zeisler, 2008) cuando dice que los medios de comunicación buscan alinear a todos los y las espectadoras con la mirada masculina, de modo que las imágenes que vemos de las mujeres en la televisión o en otros medios las interpretamos y percibimos en función del deseo masculino. Éste se construye, según Beatriz Gimeno (2012, p.234), alrededor de tres premisas:

Es una fuerza de la naturaleza, una necesidad, una fuente, un torrente; es instrumental, los hombres pueden cumplir su deseo sin sentir ningún tipo de empatía por su compañera sexual. Y, en tercer lugar, el deseo masculino ha erotizado la devaluación de lo femenino.

Todo lo anterior está presente, ya sea explícita o implícitamente, en las subjetividades de hombres y mujeres y en las representaciones de éstos en la cultura pop. De ahí deriva la cosificación sexual de las mujeres en los medios y en la vida diaria. En palabras de Mackinnon (1989, p.140):

Ser cosificado sexualmente significa que se le imponga al ser de uno un significado social que lo define para ser utilizado sexualmente, de acuerdo con sus usos deseados para que luego otro lo use de esa manera.

Es de este modo que muchas mujeres aprenden a percibirse a sí mismas como objetos sexuales, y a presentarse socialmente de un modo que resulte atractivo a los ojos de los hombres. Como señala Dworkin (1976, p.109 citada en Mackinnon 1989), "al objeto le es permitido desear, si desea ser un objeto". Y aquí es donde entra en cuestión el tema de la libertad y donde la línea divisoria entre liberación y cosificación sexual se vuelve difusa. Mackinnon (1989) señala que ante la falta de alternativas, muchas mujeres recurren al “yo lo he elegido” como forma de mantener en alto la autoestima y el orgullo.

La situación tan compleja de la sexualidad nos obliga a analizar detalladamente lo que consideramos como sexualidad masculina y como sexualidad femenina. Ya hemos visto que en la construcción de las masculinidades hegemónicas se encuentra la fuerza, la violencia y la superioridad. No es de sorprender que esos aspectos se encuentren también en las características del deseo masculino, que como señaló Gimeno,

⁹ Pues como veremos en el siguiente capítulo, “el acto de mirar y de representar es una forma de dominación” (Cortés, 2004, p.14).

involucran la devaluación de lo femenino. La misma autora nos dice que el hecho de que los genitales masculinos sean sistemáticamente utilizados como arma, prueba incuestionablemente que existe un componente que une sexualidad masculina con hostilidad hacia las mujeres, y como señala acertadamente:

Esto no solo tiene que ver con la construcción de la sexualidad masculina y femenina como diferentes, sino de los seres sociales masculinos y femeninos, que se construyen también como diferentes (Gimeno, 2012, p.234).

De esta manera tal vez sea mucho más fácil concebir hasta qué punto el orden de género es dañino, pues la opresión y violencia hacia una de las partes parece ser un componente vital del propio sistema. Es por eso que no puede lograrse la igualdad sin modificar las estructuras existentes, y eso incluye modificar de raíz las consideraciones sociales de lo que se considera que hace a un hombre y a una mujer.

Queda claro entonces que la sexualidad masculina ha sido construida como desbordante e incontrolable, aunque como sabemos, los hombres son totalmente capaces de mantener autocontrol sobre su cuerpo y deseos sexuales. Aseverar lo contrario es incluso ofensivo, pues estaríamos insinuando que los hombres son poco menos que animales salvajes.¹⁰

Considerando lo anterior, Vance (1989) analiza profundamente las consecuencias del orden sexual y de género para las mujeres y asevera que en la vida de éstas convive día a día una poderosa tensión entre el peligro sexual y el placer sexual; para las mujeres, la sexualidad es un terreno de represión y peligro a la vez que de placer y exploración.

Es por esto que Mackinnon (1989) señala que debemos tener mucha cautela al analizar la sexualidad femenina, pues corremos el riesgo de atribuir a las mujeres dicha "sexualidad femenina", como si ésta no les fuera asignada a diario a través de la imposición de un constructo hegemónico de "deseo". A lo que Mackinnon se refiere con esto, es que no podemos separar el análisis de la sexualidad femenina del sexismo, pues ésta deriva totalmente de una situación social de subordinación.

¹⁰ Por eso las violaciones y agresiones sexuales no son producto de un impulso sexual incontrolable de los hombres, sino que son producto de la construcción masculina hegemónica de deseo de dominación y sometimiento. Así como una de las tareas masculinas es la de "proteger" a las y los suyos, la violación de mujeres se vuelve en ocasiones una forma de ataque a los mismos hombres, pues se convierte en una manera de mostrar que cierto hombre ha sido incapaz de proteger a su esposa/hija/madre/hermana.

Tantas características de la situación de la mujer como ciudadana de segunda clase - la restricción y limitación y deformación, el servilismo y la exhibición, la automutilación y la necesaria presentación del ser como algo bello, la pasividad impuesta, la humillación - se convierte en parte del contenido del sexo para las mujeres. Ser un objeto de uso sexual es esencial para ello. Este enfoque identifica no solamente una sexualidad moldeada bajo condiciones de desigualdad de género sino que revela esta misma sexualidad como la dinámica de la desigualdad de los sexos. (Mackinnon, 1989, p.131).

La autora realiza una interesante analogía que sirve para ejemplificar la forma en que la sexualidad femenina está indisociablemente ligada al sexismo. Mackinnon señala que ésta es como la cultura de los negros que surgió en Estados Unidos pues les pertenece y a la vez no les pertenece. La autora señala que aunque ambos ejemplos (la sexualidad femenina y la cultura negra) puedan ser vividos como fuentes de fortaleza y orgullo, ambos llevan una marca por el hecho de que su misma expresión es una respuesta a una limitación de poder. Es decir, existen de ese modo porque carecen de opciones. En este sentido, lo que Mackinnon desea ejemplificar es que decir que la sexualidad femenina deriva de la autonomía de las mujeres es ignorar el sexismo imperante y adoptar una postura reduccionista, pues sería como insinuar que la cultura negra surgió espontáneamente para aportar una diversidad cultural y no como respuesta al racismo que sufrían.

En este contexto donde la amenaza a la agresión sexual es siempre constante, Vance (1989, p.14) señala que las mujeres se convierten en “custodios morales” del comportamiento de los hombres que supuestamente ellas desencadenan, de modo que se ven obligadas a controlar su propio deseo sexual y la expresión pública de éste, “el autodominio y la vigilancia se convierten en virtudes femeninas principales y necesarias”.

Siguiendo la línea de pensamiento de Mackinnon sobre la relación entre sexualidad y sexismo, Vance (1989, p.15) señala que la timidez, invisibilidad y falta de curiosidad sexual en muchas mujeres no son indicios de una naturaleza sexual femenina intrínseca y esencial, sino más bien son síntomas de un orden social que las oprime, por lo tanto:

Los horrorosos efectos de la desigualdad entre los géneros pueden suponer no solo la violencia bruta, sino el control interiorizado de los impulsos femeninos, que envenena el deseo en su misma raíz con inseguridad y ansiedad: la sutil conexión entre el modo en que el patriarcado se entromete en el deseo femenino y el modo en el que las mujeres viven su propia pasión como algo peligroso [sale] a la luz.

A pesar de lo anterior, la autora señala que el movimiento feminista no puede actuar únicamente en base al miedo, señala que no basta alejar a las mujeres del peligro y la opresión sino que también es necesario resaltar el papel del placer y la alegría femenina.

Como señala Weeks (1998), con el estudio de la sexualidad no encontraremos nunca una conducta “correcta”, de lo que se trata es de generar un marco que permita aceptar la diversidad en un contexto de acción y elección. Desde la perspectiva de Rubin (1989), necesitamos adoptar un concepto de “variedad sexual benigna” donde ciertas expresiones sexuales no se encuentren por debajo de otras y donde los actos sexuales se juzguen por el modo en que se traten quienes participan en la relación, por el nivel de consideración mutua y por la presencia o ausencia de coerción, así como la cantidad y calidad de placer que reciben las personas.

2.5. El sexismo en la cultura pop

En una sociedad occidental como la nuestra, donde en su mayoría hombres y mujeres gozan de igualdad formal (es decir, reconocida por los Estados a través de las leyes), la palabra “sexismo” parece evocar acontecimientos lejanos y extremos (ya sea violentos o evidentemente discriminatorios) que afectan a una minoría de mujeres en situaciones de gran vulnerabilidad. La ilusión de igualdad bajo la que vivimos hace creer a muchas personas que los movimientos pro derechos de las mujeres son innecesarios y obsoletos.

Sin embargo, lo anterior no podría estar más alejado de la realidad. No solo porque en México la situación de violencia en contra de las mujeres se ha incrementado notablemente debido a la llamada “guerra contra el narcotráfico” (feminicidios, desapariciones de mujeres para la trata con fines de explotación sexual, etc.) que ha afectado a mujeres de todos los estratos sociales, sino porque existe otro tipo de sexismo, que aunque sea menos evidente y se presente de formas más sutiles, es igual de efectivo al momento de perpetuar la subordinación femenina.

Hoy en día combatir el sexismo sutil que impregna la cultura pop se ha vuelto una tarea sumamente complicada, ya que debido a su pertenencia al orden de lo simbólico es erróneamente considerado por muchas personas como inofensivo. Uno de los problemas mayores que se enfrentan al denunciar este sexismo es que las personas cuestionan la utilidad y la urgencia de esto, ya que se considera desvinculado de “los problemas reales” que sufren las mujeres como la discriminación laboral, las violaciones sexuales y la tortura y los asesinatos cada vez más crueles. Si bien es cierto que dichos problemas son cuestiones gravísimas, y sin duda necesitan ser atendidos

inmediatamente, cuando se analizan de cerca la conclusión es casi siempre la misma: se necesita una educación en igualdad libre de estereotipos de género.

Lo anterior es básico y con frecuencia figura en las conclusiones de los análisis de problemáticas de género, unido además a cuestiones también vitales que requieren atención como la eliminación de la pobreza y el acceso efectivo a los recursos por parte de colectivos vulnerables. Sin embargo, si no atacamos la raíz de éstas problemáticas, que es sin duda la mentalidad machista y patriarcal de las mujeres y hombres, difícilmente mejorará la situación.

Es por eso que debemos entender y valorar la importancia de lo simbólico, pues como señala Osborne (2009), la violencia contra las mujeres constituye un *continuo*, donde las acciones aparentemente insignificantes no constituyen aspectos desvinculadas de los episodios de violencia física, por ejemplo, sino que pertenecen a ese mismo continuo, siendo los episodios más violentos *el extremo de unas conductas previamente toleradas y consideradas como normales*. Partiendo de ese razonamiento, resulta más que válido identificar y combatir el sexismo sutil.

Para comprender el modo en el que influye el material simbólico en las personas, es oportuno considerar lo mencionado por Eribon (citado en Cortés 2004, p.14) acerca del lenguaje. El autor señala que tanto los lenguajes como las imágenes son portadores de jerarquías sociales, raciales y sexuales, por lo tanto los intercambios del lenguaje cotidiano están atravesados por relaciones de poder: “y es *en y por* el lenguaje (y la imagen) como se ejerce la dominación simbólica”.¹¹

Ya se había mencionado anteriormente lo que Pierre Bourdieu llamó como violencia simbólica, y ésta consiste en aquella que se ejerce a través de la comunicación y sus componentes simbólicos, no solo a través de los hombres sino también es ejercida por las mismas mujeres que se guían bajo unos esquemas mentales derivados de la asimilación del orden patriarcal. Bourdieu (2000, p.50) señala que

Los dominados aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer de ese modo como naturales. Eso puede llevar a una especie de autodepreciación, o sea de autodenigración sistemáticas (...).

Una de las características de la violencia simbólica que señaló Bourdieu es que se ejerce desde el desconocimiento y ese es un componente clave, pues muchas veces tanto quienes ejercen la violencia simbólica (ya sean mujeres u hombres) como quienes

¹¹ Las cursivas son originales.

la reciben, ignoran por completo que participan en la perpetuación de un orden jerárquico y desigual.

Dentro de este contexto, los estereotipos de género constituyen una forma de violencia simbólica, es decir, forman parte de lo que llamamos sexismo. Mary Talbot (2003) señala que algunos autores distinguen el fenómeno de estereotipar con el de realizar otra categorización social mucho más amplia que involucraría conocer muchos más detalles de algún individuo. Sin embargo, Talbot señala que los estereotipos tienden a reducir, simplificar y naturalizar a las personas, además de que mantienen un orden social simbólico, jerárquico y atravesado por relaciones de poder, donde se separa a los individuos en categorías dicotómicas como bueno/malo o normal/anormal y que lleva a la exclusión de los segundos.

La autora señala que los estereotipos generalmente van dirigidos a miembros de grupos subordinados, como las mujeres o personas que pertenecen a ciertas etnias minoritarias o clases sociales bajas. Por lo tanto, los estereotipos que comúnmente son utilizados en la representación de hombres y mujeres en los medios de comunicación, así como los de personas homosexuales, transexuales, negras, latinas o asiáticas, contribuyen a reproducir ideas erróneas que influyen en la discriminación social.

Peter Glick y Susan Fiske (1996) diferencian entre lo que ellos llaman “sexismo hostil” y “sexismo benevolente”. Los autores mencionan que el sexismo ha sido típicamente conceptualizado como cierta hostilidad hacia las mujeres, sin embargo ellos consideran que dicha visión ha dejado de lado un aspecto importante del sexismo que es aquel que se muestra a través de sentimientos subjetivamente positivos hacia las mujeres, pero que a la vez contienen un componente discriminatorio, en el sentido peyorativo de la palabra. El sexismo hostil corresponde a aquellas expresiones evidentemente jerárquicas e injustas. Por otro lado, los autores señalan que el *sexismo benevolente* corresponde a aquellas actitudes dirigidas hacia las mujeres, que a pesar de ser percibidas como subjetivamente positivas por quienes las ejercen (y en ocasiones por quienes las reciben), resultan sexistas ya que visualizan a las mujeres de forma estereotipada y en roles restrictivos.

Dicho trato hacia las mujeres (como la caballerosidad) insinuaría que son débiles, y por eso aptas para ser tratadas bajo roles tradicionales; el idealizarlas y mimarlas, es interpretado por los hombres no como algo restrictivo sino como una cortesía (Glick y Fiske, 2012). Sin embargo, los autores señalan que este sexismo benevolente es un componente crucial, que junto al sexismo hostil, ayuda a aminorar la resistencia de las mujeres al injusto orden de género. Mencionan que con frecuencia los grupos

dominantes actúan de modos paternalistas y amables con los dominados como una recompensa a su pasividad y obediencia de las normas, mientras que el antagonismo explícito (sexismo hostil) es reservado para “castigar” a las subordinadas que se atreven a cuestionar las inequidades sociales. Teniendo en cuenta esta idea no resulta difícil comprender el motivo por el que los niveles de violencia hacia las mujeres se incrementan en lugares donde estas van ganando derechos o denunciando tratos discriminatorios.

Un factor importantísimo que señala Jackman (1994 citado en Glick y Fiske 2012), es que el sexismo hostil aislado del benevolente sería bastante problemático pues podría provocar una respuesta mucho más fuerte por parte de todas las mujeres en contra del orden de género, sin embargo, al combinarlo con el sexismo benevolente se crean una serie de castigos y recompensas que moldean las conductas “correctas” de las mujeres, y facilita el mantenimiento del statu quo.

Vemos entonces cómo la violencia simbólica y las diferentes clasificaciones de sexismo operan socialmente perpetuando un orden de género desigual, que es transmitido también de forma estructural por instituciones como la familia, la iglesia, la escuela y el Estado. Es necesario tener en mente todo lo anterior para analizar la influencia del contenido estereotipado y sexista en la cultura pop.

Jennifer Pozner (2010) señala que los medios de comunicación reflejan, a la vez que moldean las percepciones culturales de quiénes somos, cómo somos valorados, lo que deseamos y necesitamos, así como lo que creemos y pensamos acerca de nosotros mismos y de otros. Es relevante considerar que a través de la cultura pop no solo se refleja la sociedad en la que vivimos sino que al mismo tiempo la va influyendo al reforzar o promover ciertas formas de percibir a las personas.

Sally McConnell-Ginet (2003) menciona un aspecto relevante de la influencia de los medios de comunicación en grupos de personas que se encuentran alejadas geográficamente. La autora señala que las “comunidades de práctica”, definidas como un grupo de personas unidas por intereses comunes y que comparten una serie de recursos (incluidos los recursos lingüísticos), no constituyen grupos aislados sino que están unidos a diversas instituciones. Los miembros de dichas comunidades de práctica, no solo se unen unos con otros dentro de su espacio geográfico, sino que se alinean también con quienes imaginan que comparten sus mismos valores e intereses, de ese modo, incluso aquellos quienes no están físicamente cerca de nosotros pueden tener un impacto en nuestra subjetividad.

La autora señala que los medios de comunicación, incluidos los libros y las nuevas tecnologías, alimentan la imaginación y ofrecen alternativas de prácticas sociales ajenas a aquellas que las personas encuentran en sus propias comunidades de práctica. De este modo se puede comprender la gran influencia que tiene la cultura pop estadounidense en ciertos sectores de la clase media-alta mexicana, así como en numerosos países de Latinoamérica y el resto de occidente.

Es cierto que no todas las personas se ven influenciadas de la misma manera por un mensaje particular, pues lo que cada quien internalice o interprete dependerá en gran parte de su identidad, su intelecto y sus experiencias de vida, sin embargo, aunque seamos individuos únicos con reacciones diferentes, nuestras ideas y subjetividades no pueden escapar de la influencia de los medios debido a que estamos inmersos y somos parte de una misma cultura y sociedad (Pozner, 2010).

Herrera (2010, p.257) señala que “somos grandes consumidores de relatos” y que aunque las narraciones no se impongan abiertamente de un modo vertical o jerárquico, conviven diariamente con nosotros repitiendo ciertos mensajes. En ese sentido, la autora menciona que “los relatos y las emociones individuales siguen teniendo una repercusión visible en la política y en la economía de las naciones porque perpetúan el statu quo”.

Desde hace varios años, diversas autoras han señalado la existencia de contenido discriminatorio en los medios, tanto sexista como racista y homófobo, donde particularmente ha proliferado la degradación de la imagen de las mujeres así como su cosificación sexual (Levy, 2005; Pozner, 2010; Walter, 2010).

Pozner (2010) señala que dentro de los niveles más altos de toma de decisiones en las empresas que dirigen los medios de comunicación (en Estados Unidos), solo el 3% son mujeres. Lo anterior tiene mucho que ver en el tipo de contenido que se promueve y además influye profundamente en los espectadores, pues como señala Martha Lauzen (citada en Pozner 2010), las personas que cuentan las historias en nuestra cultura tienen el poder para influir en cómo percibimos los sucesos y las personas. Y la cifra indica que son en su mayoría hombres quienes están dictando el contenido de los medios.¹²

¹² En este contexto, el sugerir que los hombres autorizan contenido distinto del que podrían autorizar algunas mujeres no está basado en una lectura esencialista de ambos. Más bien, se hace referencia a la socialización diferenciada a la que estamos sujetos y por lo tanto influye en la percepción del mundo que ciertos colectivos tienen (en este caso los hombres), y que puede resultar muy distinta a la de otros (en este caso mujeres).

Al respecto de lo anterior, Cortes (2004, p.14) señala que:

si, tal y como explica Richard Dyer, el término "representación" se refiere, fundamentalmente, a cómo un grupo social es presentado en las diferentes manifestaciones culturales; a cómo una imagen de algún miembro de ese grupo es tomado como representativa del mismo; a cómo los miembros de ese grupo se ven a sí mismos y a cómo ven su lugar en la sociedad; y, también, a cómo los demás ven a los miembros de ese grupo, podríamos llegar a concluir que *el acto de mirar, y de representar, es una forma de dominación y de control social de primer orden*.¹³

De este modo, las imágenes de televisión van dirigidas en gran medida a un público masculino, como señala John Berger (1972 citado en Zeisler, 2008), los hombres actúan y las mujeres aparecen, los hombres miran a las mujeres mientras que ellas se ven a sí mismas siendo miradas por ellos, lo que determina las relaciones entre ambos y promueve que las mujeres se perciban a sí mismas como objetos.

Una organización estadounidense llamada "Miss Representation", presentó en el 2011 un documental dirigido por Jennifer Siebel Newsom acerca de cómo la imagen de las mujeres que se presenta en los medios de comunicación ha llegado a influir profundamente a las mujeres y niñas de todo el país, desde las estudiantes en niveles de educación básica hasta las mujeres que ocupan altos cargos públicos.¹⁴ El documental cuenta con la participación de profesionales de diversas disciplinas con abundante experiencia en el tema.

Entre algunos de los aspectos relevantes que se señalan están el hecho de que la hipersexualización de las mujeres en los medios de comunicación ha distorsionado la forma en la que las adolescentes se perciben a sí mismas, así como la manera en la que sus pares hombres las perciben. El excesivo énfasis en la perfección corporal que se presenta en los medios, especialmente de los cuerpos de las mujeres, afecta negativamente la autoestima de las adolescentes provocando comportamientos de riesgo. Del mismo modo, se muestra cómo a las mujeres que participan en la política en Estados Unidos se les juzga de modos estereotipados con base a su género, además de por su apariencia en vez de por su desempeño político. Lo mismo sucede con las deportistas.

Lo anterior es sumamente dañino, pues permea de manera significativa el modo en que la sociedad percibe a las mujeres (y por extensión a los hombres).¹⁵ Natasha Walter

¹³ Las cursivas son mías.

¹⁴ El avance o tráiler del documental puede verse en www.missrepresentation.org

¹⁵ Miss Representation está preparando un documental centrado en la experiencia de los hombres, el avance puede consultarse en:

(2010) señala que el incremento de la sexualización y cosificación de las mujeres en los medios arrastra a los jóvenes, tanto mujeres como hombres, a un ambiente donde se insinúa que las mujeres deben ser valoradas en función de su atractivo sexual.

Ariel Levy (2005) señala que junto con esta cultura de la hipersexualización, algunas mujeres han adoptado actitudes similares a las de algunos hombres machistas, en el sentido de que, si ellos consideran a las mujeres como “trozos de carne”, ellas también lo hacen. Levy adoptó el término de “female chauvinistic pigs”¹⁶ para referirse a esas mujeres que participan en la cultura de convertir tanto a otras mujeres como a sí mismas en objetos sexuales.

La autora señala que dichas mujeres suelen asistir a clubes de strippers y mirar películas porno como forma de demostrar a otros hombres que no son “como las otras mujeres”. Es decir, en un momento determinado donde todo lo que tenga que ver con sexo es asociado con una supuesta liberación, el hecho de cuestionar las actividades asociadas al consumo de cuerpos femeninos y las representaciones sesgadas de las mujeres en los medios, se corre el riesgo de ser consideradas como moralistas o anticuadas. Es probable que eso intervenga de alguna manera en las actitudes de esas mujeres (female chauvinistic pigs), pues en cierto sentido es más fácil “aliarse con el enemigo”, por decirlo de algún modo, que oponerse a la corriente dominante.

Sin embargo, varias autoras coinciden en que esta cultura hipersexualizada que degrada a las mujeres no debe confundirse con el simple ejercicio de la libertad sexual (Levy, 2005; Pozner, 2010; Walter, 2010). Pues como señala Bourdieu (2000, p.59):

El principio de la inferioridad y de la exclusión de la mujer, que el sistema mítico-ritual ratifica y amplifica hasta el punto de convertirlo en el principio de división de todo el universo, no es más que la asimetría fundamental, la *del sujeto y del objeto, del agente y del instrumento*, que se establece entre el hombre y la mujer en el terreno de los intercambios simbólicos (...).

Es por eso que, aunque todo aquello se intente justificar bajo el lema de la liberación sexual y el uso de la libertad, mientras las mujeres “ejercen” su sexualidad desde la posición de objetos y de instrumentos, en vez de la de sujetos y agentes en igualdad de condiciones que los demás, difícilmente podremos hablar de elecciones realmente libres. En una entrada del blog titulado “Elkballet” (2011) una feminista universitaria hace un interesante análisis acerca de la libertad de elección de las mujeres en el contexto

<http://www.missrepresentation.org/masculinity/jennifer-siebel-newsoms-next-film-the-mask-you-live-in/>

¹⁶ En español podría traducirse como “cerdas machistas”.

actual de la cultura hipersexualizada. En su artículo titulado “Who would choose a punch in the face over strawberry?”¹⁷ la autora señala que elegir libremente consistiría en escoger entre dos opciones equiparables, es decir sin repercusiones posteriores (o con las mismas repercusiones), pero menciona que hoy en día a las mujeres se les presenta la opción de “ser un objeto sexual” o “no ser un objeto sexual”, y que los costes de elegir no ser un objeto sexual (por ejemplo, no depilarse el cuerpo, no maquillarse o ajustarse a los cánones de belleza contemporáneos) son tan altos socialmente que no puede decirse que las mujeres eligen ciertas conductas (depilarse, utilizar ropa ajustada etc.) simplemente porque les gusta. Y de lo anterior es que deriva el título de su artículo, pues dice que ante las opciones de elegir entre “chocolate” o “fresa”, pero sabiendo que si se elige el chocolate se les dará un golpe en la cara, resulta predecible que la mayoría de la gente elegirá “fresa”, y resulta entonces absurdo señalar simplemente que a las personas les gusta más la fresa.

Vemos entonces que esta cultura de hipersexualización femenina afecta la forma en que las mujeres son percibidas y en la forma en la que otros las perciben. Usualmente, las representaciones de las mujeres en la televisión no se adecuan a la realidad, ya que además de estar cargadas de estereotipos presentan en su mayoría a mujeres jóvenes. Pozner (2010) señala que un fenómeno común en las películas de Hollywood es que actrices muy jóvenes obtienen papeles protagónicos junto con actores de mucha mayor edad. Es decir, actores maduros considerados como viriles y atractivos actúan como parejas sentimentales de mujeres muy jóvenes, mientras que las mujeres del rango de edad de los actores son, en su mayoría, relegadas a papeles de solteras o mujeres de mal carácter. La página web “Vulture” (2013) realizó un análisis de datos de diez actores reconocidos de mediana edad (entre ellos Denzel Washington, Harrison Ford, Johnny Depp y Tom Cruise) donde analizaron la edad que tenían ellos y las actrices que interpretaban a sus parejas sentimentales en aproximadamente diez películas representativas. Los resultados mostraron que si bien varios de los actores han compartido la pantalla con actrices en un rango de edad similar al de ellos, fue bastante notable que mientras ellos envejecían las mujeres se mantenían en los mismos rangos de edad, ninguna superó los 40 mientras que algunos actores incluso rondaban los 60 años. En numerosas ocasiones las diferencias de edad fueron de hasta 20 años.

Sin embargo, la edad de las mujeres en la televisión no es el único aspecto preocupante, también lo es la calidad de los roles que las mujeres interpretan. Existe una prueba

¹⁷ En español: “¿Quién elegiría un golpe en la cara en vez de fresas?”

llamada “Test de Bechdel” que sirve para indicar la presencia femenina en las películas y su relevancia en cuanto al desarrollo de la historia. Para pasar la prueba, que fue popularizada por Alison Bechdel en 1985, una película debe tener al menos dos personajes femeninos, que tengan nombres, y que hablen entre sí acerca de algo que *no* tenga que ver con un hombre. Sorpresivamente, muchas de las películas más populares no logran pasarla, lo que nos indica que hay una seria deficiencia en la relevancia que muchos personajes femeninos tienen para la trama. Sin embargo, debemos considerar que este test es solo una herramienta para analizar ciertos aspectos, y que no determina la calidad de una película en su totalidad, ni garantiza que una película que haya pasado la prueba no sea sexista o presente a las mujeres en roles estereotipados (Sarkeesian, 2012).

Anita Sarkeesian es la fundadora del sitio web “Feminist Frequency”¹⁸ en el que realiza análisis con perspectiva de género de diversas producciones de la cultura pop, en particular películas y videojuegos. Tiene una serie de videos donde analiza las características recurrentes de los personajes femeninos en las películas, en inglés se le llama “trope” que consiste en un patrón que brinda información a la audiencia acerca de las características recurrentes de los personajes. Sarkeesian señala que cuando se repiten demasiado, dichas características de los personajes se vuelven clichés. Entre los clichés o “tropes” destacados se encuentra el “Smurfette Principle”¹⁹ que es descrito como: “la tendencia de las obras de ficción a tener un solo personaje femenino en medio de un grupo de personajes hombres, a pesar de que la mitad de la humanidad es femenina” (Sarkeesian, 2011). Lo anterior es interesante, pues la autora señala que en general, a menos que una película esté intencionalmente dirigida a un público femenino, el reparto de actores tiende a ser desproporcionadamente masculino. A este fenómeno también se le conoce como “token” y consiste en la inclusión de un personaje de alguna minoría o grupo marginado en un grupo de personajes mayormente hombres, blancos y heterosexuales.

El problema con lo anterior, como se menciona también en el documental de Miss Representation, es que se asume que las historias “de mujeres” en las películas solo interesan a mujeres, y por tanto son dirigidas a ellas abiertamente (y son mucho menos

¹⁸ www.feministfrequency.com

¹⁹ En español “principio de los pitufos”. El término fue adoptado en 1991 por Katha Pollitt en un artículo escrito para el New York Times. En él, Pollitt señalaba la poca presencia femenina en los programas para niños, donde usualmente había una mujer en medio de un grupo de hombres. El término hace referencia al programa de Los Pitufos (The Smurfs), donde únicamente hay un personaje femenino.

frecuentes), mientras que se asume que el resto de las películas, que cabrían en la categoría de “historias de hombres”, interesan a todo el mundo, pues son “la norma” y “neutrales”. En el mismo documental la actriz Geena Davis señala que lo anterior es un aspecto preocupante, pues los medios nos presentan la idea de que las historias “de mujeres” de algún modo son menos relevantes y no merecen ser contadas del mismo modo que el resto de las narraciones.

Pozner (2010) analiza en particular el fenómeno de los llamados *reality shows* que en los últimos años han adquirido bastante fama. La autora señala que a pesar de que los reality shows se nos presenten como programas espontáneos, sin guiones, y que reflejan la realidad, en realidad están totalmente planeados para que vayan en direcciones específicas y para que toquen temas a los que somos culturalmente sensibles. Menciona que desde la selección del reparto (donde se elimina a las mujeres que no tienen cierto aspecto físico ni cierta disposición para ser humilladas en tv) hasta la edición del material donde en ocasiones se editan los comentarios de los participantes para que parezca que dijeron otra cosa, este tipo de programas están profundamente diseñados para mandar mensajes particulares.

Lo más alarmante es, tal vez, la reacción de las personas después de un largo periodo de exposición a dicha programación. Pozner (2010) que se ha dedicado por mucho tiempo, entre otras cosas, a dar clases de sensibilización sobre estos temas en escuelas y universidades, señala que después de ocho años de trabajo, observaba claramente un cambio en el alumnado, ya que antes generalmente reaccionaban con indignación ante la manera en que las mujeres eran representadas, mientras que ahora reaccionan con indiferencia señalando que no tiene importancia ya que es solo entretenimiento, y que además, las personas de dichos programas están ahí voluntariamente. Walter (2010, p.38) coincide con lo anterior y señala que “estas imágenes que hace una generación hubieran resultado degradantes para las mujeres hoy en día se consideran divertidas e incluso aspiracionales”.

Otro aspecto de la cultura pop que ha influido bastante en la concepción de las mujeres ha sido la representación del feminismo en los programas de televisión. Andi Zeisler (2008) señala que en su mayoría, las referencias que la cultura pop ha hecho y sigue haciendo sobre el feminismo están distorsionadas intencionalmente. Cuenta cómo desde los inicios del movimiento de mujeres alrededor de los años sesentas, los periódicos y programas se encargaron de difundir una imagen que hiciera ver a las feministas como mujeres amargadas e irracionales, donde no por casualidad, cuando se hablaba de algún tema relativo al movimiento de las mujeres se entrevistaba a

personas que no tenían nada que ver con el tema en vez de a las propias feministas.²⁰ Pozner (2010) señala que el concepto de derechos humanos no debería de ser tan confuso, sin embargo, señala que cuando las mujeres demandan la eliminación de injusticias, los medios tienden a interpretarlo como una “guerra de los sexos”, como si las mujeres desearan de algún modo dominar a los hombres.

Pozner añade también que no se ha terminado de comprender lo que el feminismo realmente busca, que es un mundo en el que tanto mujeres y hombres puedan acceder a unas oportunidades educativas, económicas y profesionales igualitarias, libres de abusos y donde ambos puedan ejercer libremente su sexualidad sin coerción y sin ser juzgados, y donde niñas y niños puedan buscar su propia identidad sin que se les diga que la fuerza, la ternura, la confianza, la empatía o la agresión son inapropiadas para su género, en conclusión, una sociedad en donde el poder y la dignidad no sean racionados dependiendo del género, etnicidad, orientación sexual o capacidades físicas. Lamentablemente, la cultura pop sigue teniendo una fuerte influencia en la concepción de las personas sobre el feminismo, transmitiendo ideas distorsionadas y equivocadas acerca de él.

La intención de lo anterior generalmente es, como señala Sarkeesian (2011), separar a los o a las protagonistas (y finalmente a los espectadores) de cualquier asociación con el feminismo al presentar a un personaje cuyas acciones hagan alusión al movimiento feminista, pero distorsionadas al grado que termina pareciéndose muy poco al movimiento verdadero. A dichos personajes se les llama “the straw feminist”²¹, y consisten en tener un cierto parecido con el feminismo, pero cargados de simplificaciones, mitos y estereotipos, de modo que terminen devaluando al movimiento feminista. La autora también señala que dicho *trope* sirve para promover la ilusión de que vivimos en un mundo igualitario, presentando auténticos problemas sociales y a la lucha por solucionarlos como algo ridículo e innecesario.²²

Otro de los artificios a los que se recurre para desincentivar tanto al movimiento feminista como a cualquier aspecto asociado con él, es “castigar” a los personajes

²⁰ Según Zeisler (2008), la periodista Mary Goldstein relata que cuando su editor le asignó realizar un reporte acerca del movimiento feminista le dijo: “Ve y consigue a alguna autoridad que te diga que todo eso es un montón de basura”.

²¹ En español “la feminista de paja”.

²² Sarkeesian menciona como ejemplo el personaje “femme fatale” en el episodio “equal fights” de la tercera temporada de las Chicas Superpoderosas.

femeninos que transgreden las normas patriarcales con desenlaces trágicos (Zeisler, 2008).

Este breve recorrido acerca de algunas de las consecuencias que ha tenido en la población las representaciones de las mujeres y del feminismo en la cultura pop nos sirve para comprender la gran influencia que tienen los medios en la cultura y la sociedad.

Como señala Pozner (2010), la intención no es que nos apartemos de la cultura pop y que renunciemos a ella por completo, sino que seamos conscientes de lo que vemos y aprendamos a cuestionar el mensaje que se nos está intentando mandar, pues a pesar de que seamos aparentemente conscientes de que el entretenimiento “es ficción”, eso no nos exime de ser influenciados.

2.6. Los libros de Autoayuda

En este apartado presentamos algunas de las investigaciones realizadas acerca de temas de género y libros de autoayuda. Salvo uno de los informes que fue realizado en Brasil, el resto provienen de Estados Unidos, donde el fenómeno de la consulta de libros de autoayuda es bastante común e incluso son utilizados como complemento en el ámbito terapéutico.

Cynthia D. Shrager (1993) realizó un análisis del libro *Women who love too much*²³ de Robin Norwood, y argumenta que dicho libro es representativo de otros de su misma categoría, donde pareciera ser que la intención de esos textos es producir sujetos femeninos habilitados para cumplir las demandas de una sociedad asimétrica en cuestiones de género, en vez de retar y cuestionar la base política y social del sistema de opresión.

La mayoría de los análisis realizados en estas investigaciones coinciden con la postura de Shrager. Schindler et al. (2001) realizaron un análisis de contenido en los libros de autoayuda que daban consejos a mujeres y a hombres. Las autoras analizaron los libros más vendidos que aparecieron en la lista del New York Times en un periodo de 10 años (1988-1998), y su objetivo fue determinar el grado en el que los libros empoderaban a los individuos para resistir los mensajes tradicionales de género. Los libros fueron analizados con base a una guía realizada por Haddock, Zimmerman y MacPhee (2000) llamada “the Power Equity Guide”, aunque la guía fue diseñada para realizar un análisis

²³ En español: “Las mujeres que aman demasiado”.

feminista en el contexto de sesiones de psicoterapia, las autoras la adaptaron para utilizarla en la investigación. Lo que encontraron fue que 4 libros contenían consejos que incitaban a los y las lectoras a comportarse de modos muy estereotipados. Uno de los libros con mayor contenido estereotipado fue el famoso texto de John Gray “Los hombres son de marte, las mujeres de venus”, donde explícitamente señala que ciertos aspectos como la asertividad y la independencia son problemáticos para las mujeres. En las conclusiones las autoras mencionan la importancia de analizar críticamente los contenidos de dichos libros, específicamente en el contexto de la psicoterapia, donde resultaría contraproducente recomendar a las personas que asisten a terapia la lectura de material que promueva los estereotipos, ya que en vez de mejorar las relaciones interpersonales las limitan ofreciendo consejos que encasillan las acciones y posibles alternativas de las personas.

La popularidad del libro de Gray “Los hombres son de marte, las mujeres de venus” ha sido tan amplia que numerosas investigaciones se han dedicado a analizar su contenido desde distintos ángulos. En el 2004 Mary Crawford analizó ese mismo libro junto con un programa de televisión de ABC News de 1997 titulado “Men are From Mars, Women are From Venus, But We Have to Live on Earth”.²⁴ Crawford señala como en ambos medios se presentan las dicotomías de género como supuestamente “naturales”, planteando que existen diferencias fundamentales entre mujeres y hombres especialmente en lo que concierne a las relaciones de pareja. Además de lo anterior, menciona que la mujer es señalada como la única responsable de mantener la armonía de la relación. En conclusión, Crawford afirma que dichos textos reproducen un discurso que históricamente ha sido opresivo con las mujeres, aunque señala que en cierta medida, al promover la negociación en el ámbito de la pareja pueden provocar que se cuestionen las ideologías dominantes que se transmiten ahí mismo.

Margaret L. Signorella y Jeanna E. Cooper (2011) realizaron un estudio experimental tomando como referencia los planteamientos del libro de Gray “Los hombres son de marte, las mujeres de venus”. Las autoras realizaron tres listados diferentes con consejos sobre relaciones interpersonales basados en dicho libro, pero en una modalidad diferente. Redactaron 3 listas distintas donde los mismos ítems fueron presentados de forma masculina, femenina y neutra. Se les entregó a 355 estudiantes (hombres y mujeres) que cursaban estudios de psicología en Estados Unidos y observaron sus preferencias. Lo que encontraron fue que la mayoría de los estudiantes

²⁴ “Los hombres son de marte, las mujeres de venus, pero tenemos que vivir en la tierra”.

prefería los consejos redactados de forma neutra, lo que mostró, junto con la imposibilidad de encontrar consistencia en patrones de género en las elecciones, que las preferencias en el contexto de las relaciones, especialmente las de pareja, no son tan diferentes entre hombres y mujeres como generalmente se plantea en los libros de auto ayuda.

Las investigaciones anteriores fueron realizadas poniendo especial atención en los consejos en las relaciones de pareja y el contenido de género. Otras investigaciones similares abordan el contenido de género en los libros de auto ayuda pero en el ámbito de la sexualidad.

Toni Schindler, Kristen E. Holm, Kathrine C. Daniels y Shelly A. Haddock (2002) analizan si existen “barreras”, o su contrario “puentes” en el contenido de 9 best-sellers del New York Times (entre 1988 y 1998). El análisis se centra en los consejos relacionados con la intimidad y reciprocidad en el contexto de la sexualidad. En el marco de la investigación la intimidad es entendida como la cercanía emocional y afectiva y la habilidad para compartir lo que nos hace emocionalmente vulnerables, así como la comunicación acerca de las necesidades sexuales, preferencias y deseos. Por reciprocidad se refieren a que una relación sexual sea satisfactoria para ambas personas. En una relación recíproca las dos personas deben sentirse libres para iniciar o declinar un contacto sexual y experimentar placer durante todo el proceso. Los resultados indicaron que mientras la mayoría de los autores ofrecen consejos que construyen puentes para facilitar la intimidad, muchos construyen barreras en el desarrollo de la reciprocidad, todo lo anterior con serias connotaciones de género en ambos casos. Las autoras señalan que las expectativas tradicionales de género construyen barreras tanto para hombres como para mujeres en lo que concierne al acceso de unas relaciones sexuales recíprocas, promoviendo conductas y percepciones estereotipadas y dañinas tanto del sexo opuesto como del propio.

Otras investigaciones analizan el tema de género en los libros de auto ayuda aunque ya no relacionado con las relaciones de pareja sino más bien con la parentalidad y algunas otras cuestiones familiares.

Una de estas investigaciones llevó a cabo un análisis para determinar cómo se abordaba el tema de género en los libros dirigidos a padres y madres (Krafchick, Schindler, Haddock y Banning, 2005). Se realizó un análisis de contenido en 6 libros que se encontraron en la lista de los más vendidos del New York Times (de 1997-2002). Bajo una perspectiva feminista, se determinó que el 82% de los mensajes implícitos de género eran estereotipados. Además, las autoras señalaron que varios de los libros

contenían material cuya información era inconsistente con datos empíricos acerca de cuestiones familiares y demográficas. Así como todos los libros analizados anteriormente eran dirigidos exclusivamente a parejas heterosexuales, estos libros sobre parentalidad no consideraron que gran parte de las familias estadounidenses no se ajustan a la visión tradicional de madre-padre-hijo/as.

En una línea similar, Rosa María Hessel (2010) analiza y compara el contenido de dos libros, uno dirigido para niñas y uno para niños y encuentra que aunque tienen estructuras similares presentan contenido diferenciado de género que se corresponde con las representaciones culturales de lo que deben hacer o no las niñas y los niños.

Finalmente, otra investigación hizo un análisis de la literatura de autoayuda revisando 63 libros que ofrecían información sobre personas que volvían a casarse y sobre familias reconstituidas (Coleman y Nickleberry, 2009). De los libros analizados concluyeron que solo 13 eran recomendables ya que el resto no se basaba en fuentes empíricas ni ofrecían consejos concretos.

Lo que podemos observar de la literatura revisada es que todas coinciden en que la mayoría de los libros analizados tienen material poco confiable, estereotipado y que en ocasiones llega a ser más conflictivo que de utilidad, en el sentido de que promueven conductas y actitudes estereotipadas dejando poco espacio para la creatividad tanto de hombres como de mujeres. Lo anterior resulta interesante y preocupante a la vez, especialmente si consideramos que los libros analizados fueron los más vendidos por grandes periodos de tiempo.

3. Metodología

Como hemos visto en el apartado anterior acerca de los libros de autoayuda, existen numerosas investigaciones de corte mixto y cuantitativo sobre la mayoría de los libros de autoayuda más populares en los Estados Unidos de América, que ponen en evidencia su alto contenido estereotipado.

Sin embargo, la intención de este trabajo no es hacer un mero recuento estadístico acerca de la cantidad de frases estereotipadas presentes en el libro (pues como hemos visto ya se ha hecho en numerosas ocasiones), sino que pretende ir más allá e intentar verbalizar el porqué de la importancia de combatir el sexismo sutil y el modo en el que influye activamente en la sociedad. Es por lo anterior que se ha decidido utilizar un enfoque plenamente cualitativo, ya que nos permitirá centrarnos en los detalles del contenido simbólico e ideológico detrás de las páginas del libro.

El método cualitativo es especialmente relevante en estos casos, ya que partiendo de la concepción de que el mundo es construido con significados y símbolos, permite adentrarnos en la implicación que dichos significados tienen para la sociedad en conjunto. Del mismo modo, nos permite explorar las construcciones sociales y sus implicaciones socioculturales que son imposibles de aprehender a través de una metodología cuantitativa (Ruiz, 2012).

Para el análisis del libro se realizó una lectura detallada seguida de la selección de citas cuyo contenido fuera relevante y tuviera relación con las cuestiones de género, el amor romántico, la sexualidad y el sexismo. Posteriormente las citas se clasificaron en diversas categorías para finalmente ser sometidas a un análisis del discurso. Como señala Ruiz (2012), el análisis del discurso es una técnica de interpretar el contenido de diversos tipos de documentos, en este caso un libro de autoayuda. La importancia de analizar este tipo de discursos radica en que éstos suelen tener poder de acción sobre otras personas (Íñiguez, 2006), de modo que su influencia en las percepciones y conductas de los individuos a los que logra llegar es altamente significativa.

Para el análisis se consultó la versión del libro en inglés, que es el idioma en que fue escrito originalmente, por lo que las citas del libro que se presentan en el cuerpo del análisis son traducciones propias. En las notas al pie de página se pueden consultar las citas en su versión original.

4. Análisis

4.1. Sobre el autor

Steve Harvey, autor de *Act Like a Lady, Think Like a Man*, es un comediante estadounidense cuya trayectoria en el mundo del entretenimiento comenzó a mediados de la década de 1980. De 1996 al 2002 mantuvo con éxito su propio programa de televisión llamado *The Steve Harvey Show*. Actualmente tiene un programa en la radio estadounidense llamado *Steve Harvey Morning Show*, que de acuerdo a su libro cuenta con más de siete millones de radioescuchas. Recientemente se ha dedicado a dar consejos acerca de las relaciones de pareja heterosexuales, lo que derivó en la escritura y publicación en el 2009 de su libro *Act Like a Lady, Think Like a Man*. La popularidad del libro fue tal que estuvo por 34 semanas en la lista de los libros más vendidos del New York Times (Best Sellers-The New York Times, 2009).

4.2. Actúa como dama, piensa como hombre

El libro de Steve Harvey surge en un contexto sociocultural occidental donde la valoración de la libertad y variedad sexual convive con la intensa idealización de la monogamia, el amor de pareja y el romanticismo a través de las diversas manifestaciones de la cultura pop, así como en la subjetividad de los individuos. Y aunque el libro va dirigido a un público femenino, heterosexual y de clase media-alta, su contenido trata de masculinidades, ya que la intención del autor es que sus lectoras conozcan “lo que los hombres realmente piensan acerca del amor, las relaciones, la intimidad y el compromiso”.

A través de las páginas, el tratamiento de Harvey de “los verdaderos hombres” y “las verdaderas mujeres” evoca a lo que Connell (2000) menciona sobre “la nostalgia” proveniente de algunas escuelas de psicología pop que ofrecen unas visiones extremadamente simplistas de los conflictos de género, donde su planteamiento central es que los hombres (y por extensión sus relaciones de pareja) experimentan un sufrimiento psíquico proveniente del hecho de haber sido despojados de lo que se considera “su verdadera masculinidad”. Y como señala la autora, el mayor problema que deriva de dicha nostalgia es la solución que la psicología pop propone a los problemas actuales entre mujeres y hombres que suele apuntar a una mayor segregación de género.

Aunque Steve Harvey no pertenece a la psicología pop ni cuenta con ninguna clase de formación al respecto, el discurso que mantiene a lo largo del libro coincide tremendamente con la postura previamente descrita. En alguna ocasión menciona:

“nosotros los hombres ya no estamos en contacto con aquella parte de ustedes que las hace una mujer –esa cosa que las hace tan hermosas para nosotros, y que resulta hacernos sentir más como hombres”²⁵, y “la mejor manera de apreciarlo es siendo una chica, y especialmente dejándolo a él ser un hombre”²⁶. Con estos ejemplos representativos vemos cómo Harvey concibe a las mujeres y a los hombres como seres opuestos y esencialmente distintos, cuyos roles tradicionales son la clave para una mejor relación de pareja.

Uno de los aspectos del libro que llaman la atención es el hecho de que Harvey se refiere a las problemáticas y dificultades entre mujeres y hombres como una especie de “batalla/juego entre los sexos”. En varias ocasiones señala *“los hombres confían en que ustedes continúen obteniendo consejos de otras mujeres para que no se enteren de nuestras tácticas o mentalidad”* y *“voy a contarles los secretos, la verdad acerca de los hombres, todo lo que nos gustaría que supieran de nosotros pero que a la vez no queremos que sepan, porque perderíamos el juego”*.²⁷ De acuerdo a estos enunciados podemos notar que Harvey desconoce el profundo componente estructural y social de la desigualdad y las relaciones de género.

Para él, las problemáticas parecen derivar de una serie de ideas compartidas conscientemente por todos los hombres acerca de las relaciones de género. Lo anterior se enmarca dentro de uno de los clichés más utilizados en el mundo del entretenimiento: las relaciones de pareja como un auténtico “juego” entre los sexos. El imaginario alrededor de ese tipo de concepciones (frecuente en las películas catalogadas como comedias románticas) idealiza dichas problemáticas presentándolas de una manera romántica e inofensiva donde al final todo tiene soluciones sencillas. En dichos casos, es frecuente escuchar frases que de algún modo glorifican los estereotipos de género y los rodean de cierto misticismo a la vez que revisten de romanticismo la supuesta complementariedad entre ambos sexos. Sin embargo, como hemos podido ver través del recorrido teórico, tanto la diferenciación sexual como el amor romántico y la sexualidad como los conocemos hoy en día, están basados en construcciones sociales

²⁵ La cita original en inglés dice: “we men are no longer connecting with that special part of you that makes you a woman—that thing that makes you so very beautiful to us, and that also happens to make us feel more like men”.

²⁶ “And the best way to appreciate him is by being a girl, and especially letting him be a man”.

²⁷ “What men count on is that you’ll continue to get your advice from other women who do not know our tactics or our mind-set”.

“I’m going to tell you the secrets—the real deal about men, the things we wish you knew about us, but that we really don’t want you to know, lest we lose the game”.

que enfatizan las diferencias (creadas) entre los sexos, que a la larga tienden a perpetuar un orden jerárquico y de opresión.

Otro aspecto que resalta en el libro es el lenguaje que Harvey utiliza para referirse tanto a mujeres como a hombres. El tipo de palabras que utiliza y en general todo su discurso, reproduce los estereotipos de género más comunes donde se reflejan las dicotomías entre lo masculino/femenino, actividad/pasividad, sujeto/objeto. Si bien dirige el libro al público femenino, reforzando las ideas de que las mujeres son las responsables del bienestar familiar y de la pareja, los consejos que les da (salvo algunas excepciones) las empujan a la pasividad. Para Harvey, en una sociedad occidental moderna y moderadamente igualitaria como la nuestra, a las mujeres les corresponde dejar de hacer cosas, es decir, volverse nuevamente pasivas y dejar que los hombres actúen.

Dentro de las palabras que utiliza, hace referencia constantemente a las mujeres como cosas, objetos o propiedades que se definen en función de la relación que tienen con otros hombres. Por ejemplo, en una ocasión mientras hablaba de los deberes de un “verdadero hombre” hace referencia a alguna mujer hipotética diciendo: “*él eventualmente hará todo eso para la hija de alguien, tal vez no para tí*”²⁸, es decir, en vez de referirse a una mujer como “una mujer”, lo hace como “la hija de alguien” (presumiblemente un hombre). Esto es relevante porque no es un giro verbal aislado, sino que es una forma recurrente de anular simbólicamente la autonomía y capacidad de las mujeres de percibirse como sujetos de acción, y pasan a ser representadas en el discurso como “la esposa/hija/madre/hermana de”, donde el nombre que procede al “de” es casi indudablemente el nombre de algún hombre.

Dicha forma de referirse a las mujeres (esposa/madre/hija/hermana de) es frecuentemente utilizada en los discursos políticos, donde los representantes de las naciones se refieren a la población femenina como “esposas/madres/hijas/hermanas de” con la intención de sensibilizar al público acerca de las inequidades de género. El problema con lo anterior es que se crea la ilusión de que el discurso está solo dirigido a los hombres, a pesar de ir dirigido a una nación entera, ya que no se hace referencia a las mujeres como sujetos o ciudadanas, sino como personas cuya relevancia se encuentra únicamente en función de la relación que tengan con algún hombre. Esto es importantísimo, pues está profundamente relacionado con la configuración masculina del mundo que se presenta como falsamente universal y sin embargo las mujeres (así como la gente homosexual etc.) son simbólicamente relegadas al papel de “los otros”.

²⁸ “He will eventually do this for someone’s daughter, maybe not you”.

Esto es bastante frecuente en la cultura pop, si observamos los anuncios, las películas, las narraciones podremos notar cómo gran parte de ellas van dirigidas a los hombres, es decir valiéndose de recursos que inicialmente solo llaman la atención de los hombres heterosexuales y que buscan alinear al resto del público con la mirada masculina.²⁹

En ocasiones Harvey se sirve de analogías para ejemplificar aspectos entre las relaciones de parejas, éstas generalmente hacen alusión a los hombres como actores/sujetos mientras que se habla de las mujeres como objetos. Por ejemplo, “*Una vez que ha dicho que le importas, eres una posesión preciada para él*”, “*Ustedes son el máximo premio para nosotros*” y (haciendo alusión a un juego de Monopoly) “*Haz que tu hombre de la vuelta a la esquina y aterrice en una propiedad de lujo, haz que se entere que eres un bien inmueble que está solo a la venta*” (o sea que se busca una relación permanente [venta] y no temporal [renta]). Lo anterior no es casualidad y la utilización de dichas analogías no es inocente. Delegar a las mujeres a la posición de objetos es una práctica frecuente y no accidental que tiene un gran simbolismo detrás. Es, en cambio, relevante especialmente si consideramos que al estar el libro dirigido a las mujeres, lo esperable sería que las sugerencias o consejos las implicaran a ellas en un papel activo, pero no sucede así, sino que en general los consejos que se les dan van en la línea de la pasividad.

Dichas dicotomías sobre sujeto/objeto, activo/pasivo son explicitadas cuando Harvey señala que “*los hombres son por naturaleza cazadores, y las mujeres han sido colocadas en la posición de presas*”.³⁰ El ejemplo de cazador/presa es especialmente simbólico pues tiene una relación directa con la dominación y el poder a la vez que coincide, no por casualidad, con las características atribuidas a lo masculino (fuerza, poder, actividad) y a lo femenino (pasividad, sumisión, debilidad).

Un aspecto interesante de lo anterior es que el discurso de Harvey al hablar sobre las diferencias entre los géneros o al referirse a las características de los hombres, fluctúa entre las construcciones sociales y el esencialismo. Es decir, en ocasiones dice que los hombres hacen ciertas cosas porque “está en su ADN”, o porque “es su naturaleza” pero después reconoce que ciertos atributos derivan de una imposición social haciendo

²⁹ Esto podemos notarlo, por ejemplo en la publicidad de automóviles o seguros médicos, donde a pesar de ser artículos o servicios utilizados por toda la población, son dirigidos a una audiencia masculina por medio de la utilización de atractivas mujeres o de mujeres y niños simulando ser los beneficiados (en forma pasiva) de la elección de algún hombre al adquirir algún bien o servicio. Excepto, por supuesto, los productos asociados a lo femenino como los artículos de limpieza, cocina o maquillaje.

³⁰ “Men are, by nature, hunters, and women have been put in the position of being the prey”.

énfasis en la crianza o el aprendizaje. Por ejemplo, respecto a la analogía de los cazadores y las presas señala que *“Nos han enseñado toda nuestra vida que no solo era bueno perseguir a las mujeres, sino que era también natural”*³¹ señalando la naturalización de una creencia social que ha sido aprendida. También comenta: *“desde el momento en que nace un niño, lo primero que hacen todos a su alrededor es decirle que debe ser un hombre de verdad. Le enseñan a ser fuerte, a luchar, trepar, levantarse sin llorar, a que no deje que nadie lo empuje”*.³²

Vemos en los ejemplos anteriores que Harvey es consciente de que muchas de las actitudes de género que llevamos a cabo diariamente han sido aprendidas y promovidas socialmente y que en realidad no son cuestiones innatas. Desafortunadamente no pretende enfocar la atención en la arbitrariedad (y el daño) de los estereotipos de género, sino que se limita a mencionarlos seguido de enunciados donde afirma que las cosas siempre han sido así y por eso (según él) no van a cambiar nunca, de modo que propone que nos adaptemos al statu quo sin cuestionarlo.

A pesar haber mencionado el componente social de los atributos de género, Harvey describe a los hombres de una manera absolutamente reduccionista y estereotipada que coincide con las características de las masculinidades hegemónicas señaladas en el marco teórico. Según Harvey todos los hombres son igual de simples, pragmáticos e incapaces de mantener una conversación por más de un par de minutos (especialmente si se trata de emociones o sentimientos). Del mismo modo, señala que *“por naturaleza”,* sienten una necesidad de proveer a su familia, así como de tener relaciones sexuales con frecuencia. También menciona la agresividad como un aspecto característico y natural de los hombres, señalando que *“tu hombre destruirá cualquier cosa que se encuentre en su camino para asegurarse de que quien sea que te haya faltado al respeto pague por ello. Esta es su naturaleza”*.³³ Ya hemos visto que la identidad masculina en el sistema patriarcal se construye alrededor de la dominación, el poder y la violencia. Este énfasis en la agresión masculina es dañino, pues promueve la tolerancia de la violencia bajo el argumento de que es *“natural”* en los hombres. También es perjudicial porque en este caso dicha agresividad es presentada a las mujeres de una forma

³¹ “We’ve been taught all our lives that it was not only a good thing to chase women, but natural”.

³² “From the moment a boy is born, the first thing everyone around him starts doing is telling him what he must do to be a real man. He is taught to be tough—to wrestle, climb, get up without crying, not let anyone push him around”.

³³ “Your man will destroy anything and everything in his path to make sure that whoever disrespected you pays for it. This is his nature”.

idealizada y en cierto sentido romántica, pues se está insinuando que si un hombre de verdad estima a una mujer será capaz de realizar actos violentos “por ella”.

Por otro lado, a las mujeres las concibe como amorosas por naturaleza “*Es fácil para una mujer dar a su hombre apoyo, amor y sexo, porque es parte de su constitución, el apoyo y el amor son cosas que las mujeres dan de forma libre e innata*”.³⁴ También menciona que las mujeres “*son criaturas complicadas, necesitan cosas, muchas cosas*”³⁵ y señala que cambian de opinión de un momento a otro de manera que se vuelven aún más complicadas e incomprensibles. Lo anterior es un estereotipo femenino muy común pero también más moderno pues difiere del estereotipo de mujer-madre abnegada que sacrifica todo (que también sigue vigente). Este estereotipo de mujer complicada que necesita muchas cosas y que es incomprensida por los hombres, aunque más reciente, es igual de dañino ya que promueve la idea de las mujeres como poco racionales e incapaces de manejar sus emociones, de modo que se intuye que no deben ser confiadas, por ejemplo, con decisiones importantes, ya que son inestables pues “ni siquiera ellas saben lo que quieren”.

Otro de los aspectos en donde los estereotipos de género se presentan de un modo mucho menos evidente, pero donde son igualmente significativos y con gran simbolismo detrás, es cuando Harvey menciona ejemplos sobre la relación entre los hombres y los hijos o hijas de sus parejas o posibles parejas. En la mayor parte de los ejemplos Harvey hace referencia a niños hombres, diciendo por ejemplo “*Él está realmente interesado en cómo le va a tu hijo en la escuela, no solo lo anima para que le vaya bien, sino que te da sugerencias de cómo él puede mejorar*” o “*Puede [el novio] ir ganando en un juego y tal vez incluso lo deje a él [el hijo] ganar una vez*”.³⁶ Lo anterior no parece tener ninguna relevancia, sin embargo cuando tomamos en cuenta el ejemplo en el que hace referencia a una niña, se puede observar entonces el contenido altamente estereotipado: “*Él está dispuesto a consolar a tu hija cuando se haya lastimado*”.³⁷

En estos ejemplos observamos de nuevo la presencia de estereotipos de género, cuando habla sobre actividades lúdicas o académicas y habla de animar al infante a mejorar su desempeño lo hace claramente refiriéndose a un niño en masculino, mientras

³⁴ “It’s easy for a woman to give her man support, love, and sex because it’s in her makeup—support and love are things that women dole out innately and freely”.

³⁵ “Women are complicated creatures. You need stuff. Lots of it”.

³⁶ “He’s actually interested in how your child is doing in school, and not only encourages him to do well, but gives suggestions on how he can Excel”.

“He can make it through a one-on-one game with your child and maybe even let him win once...”

³⁷ “He can and is willing to comfort your child when she hurts herself”.

que cuando se trata de proteger o ayudar en una situación de debilidad hace clara referencia a una niña. Lo anterior no es casualidad, Harvey parece reforzar a través de esos ejemplos lo que ha venido diciendo todo el tiempo, a los niños se les enseña a ser “hombres”, a ser activos, a mejorar etc., mientras que a las niñas se les cuida y se les protege.

Dentro de las relaciones de pareja Harvey sugiere algunas cosas que en realidad podrían considerarse útiles, como ser agradecidos con la pareja, apoyarla y reconocer verbalmente sus aportes a la relación, así como mantener una comunicación asertiva para identificar si los planes de la pareja coinciden con el tipo de futuro que la persona tiene en mente; la desventaja es que no presenta lo anterior como consejos que deben seguir ambos miembros de la pareja, sino solo uno de ellos (usualmente las mujeres), lo que sigue promoviendo un desbalance dentro de las relaciones al aceptar implícitamente la poca colaboración de los hombres.

Sobre el tema de la comunicación Harvey señala que si bien los hombres son capaces de hablar sobre sus sentimientos, “no está en su ADN” sentarse a conversar sin una necesidad aparente, e incluso señala que “para eso están las amigas”. Lo anterior nuevamente tiene que ver con los estereotipos de género y particularmente con la socialización de los hombres en términos de la represión de las emociones, que indudablemente es un aspecto sumamente dañino.

Hoy en día muchos de estos estereotipos siguen siendo promovidos socialmente, y ciertamente muchas mujeres y muchos hombres cuentan con muchas de las características que Harvey señaló como propias de cada género. El problema es que Harvey no está siendo meramente descriptivo sino que está promoviendo dichos estereotipos en vez de sugerir una mayor apertura. También señala abiertamente que quienes no se identifiquen con dichas características sufrirán diversas consecuencias, entre ellas, el rechazo por parte de una posible pareja sentimental. Es decir, Harvey encasilla las identidades de mujeres y hombres en unos roles determinados y promueve la intolerancia hacia quienes no entren en tan estrechos márgenes. Quienes se alejen de esos estereotipos corren el riesgo de ser denunciados como “no verdaderamente un hombre/una mujer”. Al hacer lo anterior, Harvey contribuye a la idealización y difusión de unos roles que limitan las posibilidades de los individuos, ya que los encierra en un conjunto de características que obstaculizan su crecimiento personal.

Una de las cuestiones más problemáticas de las visiones de Harvey acerca de los hombres y las mujeres es quizá su consideración de la sexualidad. Su percepción de lo que hombres y mujeres desean acerca del sexo está totalmente estereotipada de modo

que en vez de reflexionar acerca de las percepciones dominantes sobre la sexualidad e intentar abogar por otras menos conflictivas, refuerza las visiones patriarcales sobre el sexo promoviendo la separación entre los géneros. Harvey se refiere al sexo como “the cookie”, que en español significa “la galleta”.

Entre las afirmaciones simplistas y estereotipadas que Harvey hace sobre el sexo y los hombres se encuentran las siguientes: “*No nos importa nada más; necesitamos la galleta*”, “*Las cosas emocionales –platicar, las caricias, tomarse de las manos y la cercanía emocional, eso es lo suyo. Nosotros lo haremos porque sabemos que es importante para ustedes. Pero por favor entiendan: el modo en el que nosotros los hombres conectamos es a través del sexo*”, “*necesitamos sexo como necesitamos el aire*”, “*no hay día de la semana que no nos levantemos buscando eso [sexo]*”, “*A lo mucho puede soportar un mes sin él. Y después va a ir a obtenerlo de alguien más (a menos que estés embarazada de su hijo/a)*”³⁸ y “*La verdad es que si no puedo llegar a casa y liberar mi estrés, va a haber un problema*”.³⁹

En esas frases Harvey perpetúa los estereotipos más ancestrales acerca de la sexualidad masculina. Promueve la idea de que los hombres son seres impulsivos cuyo único interés en el mundo es el sexo (incluso más que la dignidad o integridad de sus compañeras sexuales) y que la sexualidad es una especie de fuerza maligna que tiene que ser liberada para evitar que algo malo suceda.⁴⁰ No es de sorprender que después de semejantes afirmaciones Harvey tenga que aclarar: “*No malinterpreten, no somos*

³⁸ “We don’t care about anything else; we need the cookie”, “The emotional stuff—the talking, the cuddling, the holding hands, and bonding, that’s y’all’s thing. We’ll do those things because we know it’s important to you. But please understand: the way we men connect is by having sex”, “There’s not one day of the week that we are not waking up in the pursuit of it”, “You got about a good month at best without it. And then he’s going to get it from somewhere else (unless you’re carrying his child)”.

³⁹ “But the truth is, if I can’t go home and relieve my stress, there is a problem”.

⁴⁰ Esta ha sido una de las justificaciones más frecuentes de la prostitución, pues se cree que los hombres “necesitan” liberar sus impulsos sexuales. Sin embargo, los análisis que toman en cuenta la historia del fenómeno, como el de Gimeno (2012) en su libro “La prostitución”, muestran que la prostitución surge por otros motivos pues los hombres ya tenían acceso a muchas mujeres sin necesidad de pagar por sexo. Con el movimiento de liberación sexual en las décadas de 1960 y 1970 se creyó que la prostitución llegaría a su fin ya que ahora habría mujeres dispuestas a tener relaciones sexuales prematrimoniales. Sin embargo, en la década de 1980 hubo un aumento notable de consumo de prostitución. Estadísticas actuales muestran que muchos de los hombres que consumen prostitución tienen pareja, por lo que resulta evidente que no es la necesidad de tener sexo lo que sostiene a la institución de la prostitución. El interesante análisis de Gimeno señala que la prostitución de alguna manera sostiene los modelos hegemónicos de masculinidad, contribuyendo al deseo de dominación y poder que algunos hombres sienten que se les escapa debido a la creciente lucha por la igualdad.

animales".⁴¹ Pero bajo su descripción, podríamos imaginarnos que los hombres van por el mundo luchando contra sí mismos para contener sus urgentes deseos de tener relaciones sexuales (del tipo normativo por supuesto, es decir, penetración vaginal).

Si bien las reflexiones anteriores pueden sonar un poco extremas, ya hemos dicho en el apartado de sexualidad que la desigualdad de género está arraigada en la jerarquización de la sexualidad. El continuar con la ficción de que los hombres siempre están pensando en sexo promueve un clima social donde se empuja a los hombres a creer que siempre deben estar dispuestos a tener sexo, y un clima en el que de alguna manera la violencia y el acoso sexual se vuelven enormemente tolerados, permitiendo las transgresiones de los hombres bajo la idea de que, bueno, después de todo "son hombres" y eso es lo que hacen los hombres, y entonces la sociedad busca culpabilizar a las víctimas de la violencia sexual por salir noche a la calle, o por no ir totalmente cubiertas (como si eso de alguna manera pudiera evitar el acoso o fuera el problema).

Otro de los problemas de esta concepción es que por un lado, como ya vimos, el deseo sexual masculino se vuelve la norma (lo aceptable), de modo que las trasgresiones por parte de ellos son toleradas e incluso aplaudidas, mientras que el deseo sexual femenino se invisibiliza y se penaliza. Este tipo de concepciones dificultan que se valide el deseo femenino, de modo que cuando una mujer tiende a ser asertiva en cuestiones de sexualidad se le estigmatiza de "fácil" o "puta". Lo anterior podemos verlo en una de las menciones que hace Harvey sobre la infidelidad. A pesar de que señala que es incorrecto serle infiel a la pareja, de alguna manera lo justifica diciendo que el sexo es tan importante para los hombres que si no lo obtienen de su pareja lo obtendrán de alguien más, lo que de algún modo les quita responsabilidad al trasladársela a la pareja ya que, si la mujer "no le da sexo", no puede esperar que él sea fiel.

Además, Harvey dice que los hombres son infieles porque siempre hay mujeres dispuestas a acostarse con ellos. Es decir, no son infieles por cuestiones que tengan que ver con sus propias decisiones, sino porque hay mujeres dispuestas a tener sexo con ellos. Harvey señala: "*Mis hijos harán lo mismo porque pueden y porque habrá mujeres que permitirán que eso suceda*"⁴², "*Si esas mujeres salieran del círculo de infidelidades, la incidencia de infidelidad descendería considerablemente*"⁴³ y "*Enseñen*

⁴¹ "Don't get it wrong—we're not animals".

⁴² "My sons will do it the same way because they can and there will be women who allow it to happen".

⁴³ "If those women took themselves out of the cheater's circle, the incidence of cheating would be cut seriously down".

todo esto a sus hijas también. Si no rompemos el círculo, las infidelidades continuarán".⁴⁴ Es decir, la culpa de las infidelidades la tienen las mujeres, ya sea porque no dan sexo a sus parejas o porque están dispuestas a tener sexo con otros hombres. La pregunta sería aquí, ¿dónde queda la responsabilidad de los hombres? Harvey sugiere de alguna manera que las mujeres son las responsables de los errores de los hombres, y que son ellas las que deben encargarse de terminar las infidelidades. No habla en ningún momento de responsabilizar a los hombres por ser infieles, es como si ellos no fueran capaces de tomar decisiones propias.⁴⁵ Esto se relaciona también con el cliché de las mujeres seductoras que "embrujan" a los hombres, y pareciera que en ese momento su cerebro se desconecta y no les queda más remedio que ser infieles.

Además, acerca de esas mujeres dispuestas a tener sexo con ellos menciona que "*estas son mujeres que no tienen estándares ni requerimientos y que sufren de serios problemas de autoestima*".⁴⁶ En otras palabras, lo que está queriendo decir es que si un hombre es infiel es porque seguramente su pareja no está dándole lo que él necesita, además de que lo hace no por decisión propia, sino porque hay diversas mujeres disponibles y parece ser que ellos no pueden negarse. Ahora, pareciera que dichos hombres no están actuando del todo mal, después de todo son hombres y los hombres necesitan sexo. Siempre. Según Harvey. Pero, si una mujer está dispuesta a tener sexo con un hombre casado o con pareja (si es que ella lo sabe) no es porque esté ejerciendo su libertad sexual, sino porque debe tener algún serio problema de autoestima. Una mujer que se involucra en un triángulo amoroso debe ser indudablemente una mujer mala, deficiente, con alguna falla. Porque las buenas mujeres no hacen eso, solo los buenos hombres. Los buenos hombres, según Harvey, sí pueden cometer errores y estos errores se les justifican parcialmente.

Tal vez debamos aplicar los mismos criterios que Harvey utiliza para juzgar a "esas mujeres", y aplicarlos a los hombres que son infieles. ¿Podríamos afirmar entonces que los hombres dispuestos a ser infieles tienen serios problemas de autoestima?

⁴⁴ "And then teach all of this to your daughters, too. If we don't, after all, break that cycle, the cheating will continue".

⁴⁵ Esta idea de ver a las mujeres como guardianas de la moral tiene mucha relación con el concepto de "honor" en otras culturas, donde las mujeres son las que representan el honor de la familia. De modo que si tienen sexo prematrimonial, o incluso si son violadas, son culpadas de haber destrozado el honor familiar, y muchas veces son penalizadas seriamente por eso.

⁴⁶ "Yes, these are the women who have no standards and requirements and who suffer from serious self-esteem issues".

De lo anterior no estoy sugiriendo que sea correcto ser infiel, ni que una mujer que es infiel o que está dispuesta a involucrarse con un hombre con pareja deba estar exenta de críticas. Lo que estoy queriendo señalar es la diferencia que existe en la manera en que socialmente se juzga a mujeres y hombres. Engañar a la pareja y violar los acuerdos pactados es inaceptable. Y debe ser tan inaceptable para los hombres como lo es para las mujeres. Pero el tipo de concepciones sobre la sexualidad que propone Harvey son injustas, ya que justifican las transgresiones masculinas y estigmatizan las transgresiones femeninas. Esto recuerda al dicho popular: “lo que en un hombre se ve mal, en una mujer se ve peor”. Es la misma idea, increíblemente sexista, que se traslada a todos los ámbitos y provoca que por una misma falla a las mujeres se les juzgue de un modo mucho más severo que a los hombres. A ellos en ocasiones incluso se les justifica.

Otro caso similar a este es cuando Harvey distingue entre dos tipos de mujeres según la mirada masculina. El primero es el tipo de mujeres que se encuentran disponibles para tener sexo ocasional con un hombre y el segundo está constituido por las mujeres que desean una relación estable y seria. En este caso Harvey realiza nuevamente una analogía, donde una vez más las mujeres son relegadas a la posición de objetos. Harvey compara el proceso de cortejo con la pesca y señala que existen dos tipos de peces, el pez de deporte “*sport fish*” o el definitivo “*keeper*”. El primero es aquel que se mira, se juega con él y finalmente se devuelve al mar, mientras que el segundo es el definitivo, el que se saca del mar para posteriormente comerlo. Harvey describe a las mujeres “*sport fish*” como aquellas que no tienen reglas ni requerimientos y –aquí viene lo interesante- casualmente tampoco tienen respeto por sí mismas. Por otro lado, una mujer “*keeper*” nunca cede fácilmente y tiene estándares y reglas desde el momento en que emite una primera palabra.

Mucho puede decirse de lo anterior. Primero, al distinguir entre dos tipos de mujeres (las fáciles y las difíciles) Harvey moderniza los estereotipos del mismo patriarcado asignando un nuevo nombre a la dicotomía putas y santas. El nombre es distinto pero el juicio es el mismo, implícitamente está insinuando que el valor de una mujer está en su sexualidad y en lo que hace con su cuerpo, cuándo lo hace y con quién lo hace. Como señala Lagarde (2001) este es uno de los artificios más exitosos del patriarcado: crear enemistad entre mujeres para evitar las alianzas entre ellas y por ende prevenir la lucha por los derechos femeninos. Y segundo, la doble moral en los comentarios de Harvey es muy clara. De nuevo está presente la aceptación naturalizada de la transgresión masculina. Es decir, cuando una mujer desea tener sexo ocasional es porque no tiene respeto por sí misma, pero cuando un hombre quiere tener sexo

ocasional simplemente está haciendo lo que le corresponde. El estigma no pesa sobre él sino sobre la mujer que accede. Y como señaló Vance (1989), las mujeres para ser consideradas “buenas” (o *keepers*), deben controlar sus propios deseos o como dice Harvey “no ceder fácilmente”.

Siguiendo la línea de lo anterior, queda claro que el patriarcado solo permite y legitima el deseo sexual masculino mientras que el deseo femenino se ve relegado u obligado a ser contenido; cuando no sucede así, el estigma de “puta/zorra/fácil” no se hace esperar. Por supuesto, lo anterior se adapta dependiendo del contexto social, sin embargo la distinción entre mujeres buenas y malas no cesa. En algunos sectores las mujeres “buenas” son solamente las que se mantienen “vírgenes” hasta el matrimonio mientras que en otros sectores se toleran las relaciones prematrimoniales siempre y cuando sean con una pareja estable (y por supuesto, heterosexual). En el caso al que Harvey se refiere, una mujer decente o “keeper” puede ser aquella que establece ciertas reglas y priva al hombre de sexo por lo menos durante 90 días (partiendo de la fecha en que se conocen o que comienzan a salir).

Como vimos en el primer apartado del marco teórico, nuestras identidades de género no están programadas genéticamente, ni tienen que ver con ningunas diferencias cerebrales. El género se va construyendo socialmente y hombres y mujeres lo internalizamos a base de repeticiones de actos y lo internalizamos contándonos ciertas historias que circulan en nuestros contextos, de modo que nos vamos creyendo que “somos muy varoniles y nos encanta el sexo” o que “somos muy femeninas y el sexo no nos interesa tanto”. Pero no es que el sexo interese más o menos a alguien, sino que esas son las historias que nos contamos, historias que son dañinas y que tienen repercusiones reales y materiales en nuestras vidas diarias pues en la raíz de ellas se encuentra una distribución desigual del poder. Es por eso que resulta tan perjudicial alimentar los estereotipos por medio de aseveraciones como las de Harvey.

Las concepciones de Harvey del amor de pareja son igualmente problemáticas y estereotipadas, pues considera que hombres y mujeres aman de modos totalmente distintos. Según él “*nada en este planeta se compara con el amor de una mujer—que es amable y lleno de compasión, paciente, generoso, dulce e incondicional*”⁴⁷ y menciona que “*si tú eres su hombre, ella caminará sobre el agua y atravesará montañas por ti, no importa cómo hayas actuado, no importa qué hayas hecho, no importa la hora o lo que*

⁴⁷ “Nothing on this planet can compare with a woman’s love—it is kind and compassionate, patient and nurturing, generous and sweet and unconditional”.

hayas pedido".⁴⁸ Por otro lado, Harvey señala que para los hombres el amor "es lealtad", pero no en el sentido de que los hombres serán leales cuando amen, sino que esperan que una mujer les demuestre su amor a través de la lealtad.⁴⁹ El autor señala que el amor de un hombre solo cabe en tres categorías, a las que él llama "*las tres pes del amor: profesar, proveer y proteger*"⁵⁰ con esto se refiere a que cuando un hombre ama, podrá no hacer muchas cosas, pero profesará públicamente su amor por su pareja, será el proveedor de la pareja/familia, y protegerá a su pareja de cualquier peligro.

Estas concepciones dicotómicas del amor a las que Harvey hace referencia son sumamente patriarcales y peligrosas, pues al reforzar y promover una idea del amor como totalmente distinto para cada género, se refuerzan las jerarquías entre los géneros al brindar a las mujeres un modelo de amor sumamente complicado, que las orilla al sacrificio "incondicional" sin esperar nada a cambio, mientras que a los hombres se les encasilla en una definición angosta del amor, donde se les exige poco y se les perdona su poco interés ya que es una cuestión "natural" a su género masculino. Esa naturalización del amor incondicional en las mujeres ha servido para hacerlas soportar cualquier clase de atropellos en nombre del amor mismo y, en palabras de Herrera (2010, p.293), "para ofrecer [un] modelo de sumisión idealizado a las mujeres", donde bajo la ilusión de vivir ese amor romántico que prometen los discursos cotidianos muchas llegan a sacrificar sus propias necesidades en beneficio de una pareja que no siempre les corresponde.

Esto genera enormes problemas, pues al describir la capacidad de amar de los hombres en una forma tan limitada, se les priva de la oportunidad de vivenciar sus emociones de una forma mucho más satisfactoria, y al mismo tiempo se les toleran más las omisiones que puedan tener dentro sus relaciones. Coria menciona (2001, p.72):

Cuando el varón es afectuoso y ama intensamente sin avergonzarse por ello suele ser ubicado en la categoría de "ídolo", mientras en iguales condiciones las mujeres son vistas como cumpliendo con lo que naturalmente les corresponde. Como si el amor fuera un sentimiento natural en las mujeres y excepcional en los varones.

bell hooks (2001, pp.11-12, citada en Esteban, 2011), señala que este tipo de libros que sugieren que el amor debe significar algo distinto para cada género son sumamente

⁴⁸ "If you are her man, she will walk on water and through a mountain for you, too, no matter how you've acted out, no matter what crazy thing you've done, no matter the time or demand".

⁴⁹ "For men, love is loyalty. We want you to show your love to us by being loyal. That means that no matter what, you're going to stand beside us".

⁵⁰ "The Three Ps of Love—Profess, Provide, and Protect.

dañinos y a la vez muy demandados, puesto que leerlos no requiere un cambio en las formas de pensamiento sobre los roles de género, la cultura o el amor, además de que "en vez de compartir estrategias que nos ayudarían a ser más amorosos, *nos incitan a adaptarnos a las circunstancias en las que el amor esté ausente*".⁵¹

Las concepciones anteriores del amor tienen un coste especialmente alto para las mujeres, ya que al tener la idea de que el amor femenino lo aguanta y sacrifica todo por los demás, de alguna manera promueve situaciones donde se empuja a las mujeres a anular sus propios deseos y necesidades (que no son lo mismo que lujos o berrinches) en función de los demás, y cuando una mujer se niega a hacerlo muchas veces se le considera como egoísta, ya que "lo importante" debe ser siempre su pareja, o sus hijo/as antes que ella misma.

Lo anterior está relacionado con el concepto de libertad. Hoy en día muchas mujeres se ven atrapadas entre el deseo de libertad y el deseo de vivir un amor romántico idealizado, pues como hemos señalado las mentalidades no avanzan al mismo paso de los cambios legales y sociales. Sin embargo, como señala Lagarde (2001), en una relación de pareja necesariamente hay pérdidas, no solo ganancias. Esto es importante, lamentablemente el discurso dominante parece estar interesado en que solo las mujeres entiendan que en una relación hay pérdidas y que en ocasiones es necesario ceder.

Una de las problemáticas que se han complicado con el aumento de la presencia de las mujeres en el mundo laboral es la llamada doble jornada, que sería la carga de trabajo doméstico y de cuidados que pesa sobre las mujeres, pero añadida al trabajo fuera de casa. Sin embargo, el problema aquí no es que las mujeres trabajen, sino el hecho de que las responsabilidades familiares no son compartidas equitativamente por los miembros de la pareja, lo que provoca serias complicaciones y agotamiento en muchas mujeres.

Harvey hace referencia a lo anterior, pero en ningún momento sugiere que las tareas domésticas y familiares deban realizarse por ambos miembros de la pareja. El único momento en que sugiere que el hombre puede "ayudar" es cuando quiere tener sexo más tarde, pero ve que su pareja está muy agotada con el trabajo de todo el día y entonces decide colaborar para poder obtener lo que quiere. En estos casos la palabra "ayudar" tiene un gran simbolismo detrás, pues alude a unos roles separados y poco

⁵¹ Las cursivas son mías.

flexibles, pues quien “ayuda” está haciendo un favor a otra persona, hace un trabajo que no le corresponde.

El tema de la independencia y autosuficiencia femenina ocupa un lugar central en los planteamientos de Harvey acerca del éxito en las relaciones de pareja. Harvey comenta que muchos de los problemas en las relaciones de pareja derivan de que las mujeres ya no permiten a los hombres comportarse como “verdaderos hombres”⁵². Harvey insinúa entonces que los discursos explícitos de igualdad de las mujeres constituyen una especie de amenaza a la identidad masculina ya que según él, un verdadero hombre desea sentirse necesitado, y entonces, si se encuentra con una mujer que no necesita que él sea proveedor, puesto que ella gana dinero, y no necesita que la proteja, puesto que ella sabe defenderse, ya no podrá sentirse como “verdadero hombre”, y por lo tanto, si no puede profesar, proveer y proteger, no verá ninguna necesidad de mantenerse en dicha relación.

Esa postura resulta problemática en varios niveles. Primero que nada, limita la valía de un hombre a su capacidad de aportar dinero a la pareja/familia y a su capacidad de proteger, en un contexto donde la seguridad muchas veces escapa de nuestro control. Después, pone a las mujeres en una posición conflictiva al hacerlas creer que su éxito personal es incompatible con una relación de pareja satisfactoria. Lo anterior queda explicitado en el título de uno de los capítulos al que Harvey llama: “Mujeres fuertes, independientes –y solas”.⁵³

Mantener un orden tradicional de género resulta casi insostenible en el mundo actual, donde en muchas ocasiones las familias necesitan del sueldo de ambos miembros de la pareja para sobrellevar la situación de crisis. Harvey es consciente de esto, y de alguna manera señala que no hay problema en que las mujeres ganen dinero etc., siempre y cuando mantengan la ilusión de que el hombre es el que manda, y que es quien realiza la aportación económica más significativa dentro de la pareja, aun cuando no sea cierto. Según Harvey, para los hombres es sumamente importante sentirse el número uno, pero como fuera del ámbito familiar no pueden ser siempre los primeros, es en su hogar/relación de pareja donde podrán seguir teniendo esa ilusión de superioridad.

⁵² “Somewhere along the way, women lost sight of this” en español “En algún momento durante el recorrido, las mujeres perdieron esto de vista”.

⁵³ “Strong, Independent –and Lonely- Women”.

Para lograr que los hombres se sientan como “verdaderos hombres”, Harvey ofrece unos consejos acerca de cómo “ser una chica” que pueden resumirse en lo siguiente, una chica no debe: manejar (cuando va con él), no debe pagar sus propios gastos en una cita (para eso está él), no debe intentar reparar nada en la casa (aunque sepa cómo hacerlo, pues para eso está él). En resumen, Harvey señala que la dependencia femenina es el mejor camino para hacer sentir bien a la pareja.

Es posible que muchas personas estén de acuerdo con Harvey, y que consideren que no hay nada de negativo en un acuerdo mutuo de pareja donde cada quién tiene un rol particular. El problema es que difícilmente esos acuerdos mutuos son elecciones realmente libres, y generalmente tienen implicaciones que sobrepasan la relación misma. El sentimiento de inferioridad que surge en los hombres cuando sus parejas parecen tener más éxito que ellos no debería solucionarse por medio de una ficción donde las mujeres tengan que encubrir sus éxitos o su inteligencia. Como señala Herrera (2010, p.236):

El miedo de los hombres es tan amortiguado por las mujeres, que muchas veces tratan de no destacar demasiado, de no parecer demasiado brillantes para poder ligar. Es una forma de empequeñecerse para que el otro se atreva a acercarse.

La pregunta que deberíamos plantearnos es ¿Por qué buscar el bienestar de uno de los sexos a costa de la integridad del otro?, ¿Por qué mejor no replantearnos las maneras de ser mujeres y hombres para que pueda existir una convivencia libre de juegos de poder?

En un sistema donde existe un claro desbalance de poder, la solución de ninguna manera debería ser continuar el juego de la superioridad/dependencia. La solución a la insatisfacción de los hombres no se encuentra en el pasado sino en la posibilidad de construir unas masculinidades alternativas no hegemónicas, cuyo eje no gire alrededor de la violencia, el sexo y la dominación. Sin embargo, lo anterior es bastante difícil pues no es solo una cuestión de hombres. Las mujeres mismas están socializadas de modos muy específicos donde encuentran atractivos los atributos machistas de los hombres, confundiendo estereotipos aprendidos con valores personales (Lagarde, 2001), la asimilación de dichos estereotipos está tan interiorizada por muchas mujeres que en numerosas ocasiones llegan a rechazar a quienes no cumplen con las características de ciertas masculinidades hegemónicas. Como señala Sheila Jeffreys (1996, p.54), mientras se siga considerando sexy la subordinación de la mujer, no podremos lograr plenamente la igualdad.

Cuando desde el feminismo se habla de replantear las relaciones de género (y entre las parejas) no se está insinuando que las mujeres deben asumir los mismos valores del sistema patriarcal⁵⁴ (Lagarde, 2001) sino en la construcción conjunta de unas nuevas relaciones cuyo eje central sea el respeto y la no discriminación. Unas nuevas relaciones donde la valía de un hombre no se base en cuánto dinero tenga ni en qué tan dominante sea, y donde pueda expresar sus sentimientos asertivamente, y donde pueda recibir apoyo de su pareja o de cualquier persona sin sentirse avergonzado o “poco hombre”. Unas nuevas relaciones donde la asertividad sexual y emocional no sea exclusiva de ningún género y no les sean limitadas a las personas de manera arbitraria dependiendo del tipo de genitales que tengan. Unas relaciones donde las mujeres (al igual que los hombres) puedan disfrutar plenamente de una vida laboral, personal y familiar sin tener que verse en la obligación de elegir entre una sola, y donde no se vean sobrecargadas de trabajo doméstico y culpadas/penalizadas socialmente por decidir llevar a cabo sus deseos personales.

Seguir promoviendo que mujeres y hombres vivan en el juego de la dominación/sumisión donde se alienta a las mujeres a hacerle creer a sus maridos/novios que “son ellos los que mandan” aunque ellas también influyan en las decisiones, no va a acabar con la insatisfacción de los hombres del mismo modo que la protección masculina no hace que el mundo sea más seguro para las mujeres. Mientras se sigan perpetuando y reforzando los roles tradicionales seguirá habiendo discriminación e insatisfacción, pues la devaluación de las mujeres que ejercen los hombres “es necesaria psicológicamente no solo para cumplir con el deseo [masculino], sino también para construir su subjetividad, su identidad, su masculinidad, y se retroalimenta en ella” (Gimeno, 2012, p.234). Por lo tanto, el *mantener los roles rígidos masculinos y femeninos implica irremediablemente mantener un orden desigual y perjudicial entre los sexos.*

Además, el problema con esa nostalgia del pasado que mencionábamos al inicio es que, como señala Connell (2000), idealiza un pasado preindustrial que en realidad nunca fue tan maravilloso como se imagina. Aquella época idílica donde “los hombres sabían cómo ser hombres y las mujeres cómo ser madres, y no había homosexualidad o legislación en materia de igualdad de género para enturbiar las aguas” (p.6) y donde todos y todas eran enormemente felices... nunca existió.

⁵⁴ El hecho de que muchas mujeres lo hagan no es consecuencia del feminismo, sino de una “liberación” mal entendida.

Anhelar e idealizar una situación pasada que se concibe como maravillosa constituye un gran desconocimiento de la situación de las mujeres a través de la historia ya que, a excepción de las mujeres que pertenecían a una familia muy acomodada, el resto de las mujeres siempre han tenido que trabajar ya sea para sacar adelante a sus familias o a sí mismas. Bonnie Anderson y Judith Zinsser (1991) relatan en su libro de Historia de las mujeres cómo en el siglo XIX las mujeres se desempeñaban en los únicos ámbitos que se les estaban permitidos entonces: el servicio doméstico, el trabajo en una fábrica, la venta ambulante, trabajo manual o la prostitución. De modo que la mayoría de las mujeres se veía en la necesidad de entrar al mundo laboral, donde trabajaban largas jornadas en condiciones extremadamente precarias y recibían mucho menor salario (por ejemplo en las fábricas o servicio doméstico) que los hombres que hacían exactamente el mismo trabajo que ellas. Incluso las mujeres casadas y con hijos se veían en la necesidad de hacer labores manuales para venderlas y aportar al ingreso familiar.

Por lo tanto, pensar que el movimiento de liberación de la mujer y la búsqueda de la igualdad de género ha traído un ambiente conflictivo a la supuesta perfección y felicidad reinante de la época anterior constituye una ignorancia tremenda a la vez que una visión profundamente reducida que en su mayoría proviene de personas que viven encerradas en el mundo de la clase media-alta. Actualmente muchas personas siguen viviendo en situaciones económicamente inestables y complicadas, la ventaja ahora es que las mujeres también pueden tener acceso a la educación y de ese modo aspirar a una diversidad de empleos en mejores condiciones.⁵⁵

Es por eso que la búsqueda de la igualdad (en todos los ámbitos) sin una transformación política equivale a buscar la igualdad en condiciones de desigualdad (Mackinnon, 1989). Buscar soluciones a las relaciones de pareja abogando por unos roles tradicionales es inútil. Debemos “rechazar la glorificación de adaptar[nos] a lo mejor que pueda ofrecer la desigualdad” (p.154). De otro modo, no podremos lograr un mundo justo e igualitario.

⁵⁵ Aunque es necesario señalar que en algunos ámbitos la brecha salarial sigue existiendo, y aunque no es tan grande como hace tiempo, sigue siendo un gran problema.

5. Conclusiones

A lo largo de este documento hemos realizado un recorrido a través de algunos de los aspectos fundamentales sobre la construcción social de las nociones de género, el amor romántico y la sexualidad, y la forma en que estas se presentan implícita o explícitamente en el libro escrito por Steve Harvey. Del mismo modo, se han señalado algunas de las formas más comunes en las que el sexismo sutil se hace evidente en otras manifestaciones de la cultura pop.

Revisamos cómo socialmente, y a través del apoyo de diversas instituciones como la familia, la escuela, las religiones, el Estado y los medios de comunicación, los estereotipos de género se mantienen al ser promovidos activamente de diversas maneras. En el apartado de amor romántico observamos cómo las distintas concepciones sobre el amor que se fueron configurando a lo largo de las distintas etapas históricas han logrado permear en las concepciones actuales que se tienen acerca del amor, provocando que en un mundo occidental aparentemente moderno, las personas (particularmente las mujeres) internalicemos e idealicemos nociones antiguas y patriarcales llenas de mitos acerca del amor. También mencionamos que la sexualidad como la conocemos hoy en día, al igual que los atributos de género y el amor romántico, deriva de una construcción social que parte de la previa consideración de hombres y mujeres como individuos opuestos y jerarquizados.

Todo lo anterior nos ha permitido identificar a lo largo del libro *Actúa como dama, piensa como hombre*, numerosos contenidos estereotipados que promueven la segregación de mujeres y hombres al reforzar la errónea concepción de que somos opuestos “por naturaleza”. A través de lo anterior, el libro promueve estereotipos acerca de que las mujeres deben ser las encargadas de las relaciones, promoviendo el desinterés y el poco involucramiento de los hombres en sus relaciones interpersonales, particularmente sus relaciones de pareja. El libro ofrece una imagen parcial y sesgada de los hombres (al igual que de las mujeres) donde se les concibe como seres incapaces de vivir plenamente su vida emocional y sentimental. Los pocos consejos sensatos que ofrece Harvey son opacados por el hecho de que los marca de un componente de género al sugerir que solo uno de los sexos (generalmente las mujeres) debe realizar dichas sugerencias.

En el libro escrito por Steve Harvey (así como en muchas otras producciones culturales), el sexismo sutil se presenta de forma aparentemente amable y revestido de romanticismo y buen humor. Se idealizan los estereotipos de género señalando de manera desigual y profundamente dañina las supuestas diferencias entre mujeres y

hombres. Uno de los recursos frecuentemente utilizados consiste en glorificar los estereotipos femeninos y los roles tradicionales de las mujeres, de modo que hacen sentir a las lectoras que deben estar orgullosas de lo que es “ser una verdadera mujer” o “una dama” y así se logra mantener, al menos temporalmente, la tranquilidad de un sistema desigual, injusto y opresivo. Al idealizar las nociones tradicionales de mujeres y hombres, se promueve que ambos se adapten a un mundo claramente jerarquizado en vez de promover un auténtico cambio que nos permita liberarnos de la insatisfacción provocada por el sistema patriarcal.

Como hemos apuntado, el mayor problema del libro que hemos analizado consiste en que promueve en las personas la creencia de que si mujeres y hombres vuelven a ocupar sus roles tradicionales podrán superar la insatisfacción que experimentan en su vida, y particularmente en sus relaciones de pareja. Sin embargo, lo anterior constituye una postura sesgada e incorrecta, pues precisamente la mayoría de los conflictos que se experimentan entre mujeres y hombres están marcados por cuestiones de género donde el poder se distribuye de manera desigual. La raíz de toda discriminación de género (desde la brecha salarial hasta la violencia sexual) se encuentra en la construcción social de los sexos como seres opuestos por naturaleza y con características y percepciones del mundo totalmente diferentes entre sí.

Es por lo anterior que el sexismo sutil es profundamente relevante, pues las manifestaciones de violencia simbólica no están desvinculadas de los grandes problemas sociales, sino que son la base de éstos, forman parte del mismo continuo que al ser tolerado socialmente va escalando en magnitud hasta presentarse de formas explícitamente discriminatorias y dañinas. Las personas educadas y privilegiadas de la clase media con visiones conservadoras del mundo pueden no participar en la violencia de género de manera directa (es decir, no la ejercen físicamente). Sin embargo, a través de sus posiciones en puestos de poder y de toma de decisiones pueden provocar que sus visiones estereotipadas acerca del género (y todo lo que conlleva) se vean materializadas en leyes, proyectos o decisiones jurídicas.

De ahí deriva la importancia de la consideración del sexismo sutil en la cultura pop, ya que aunque sea abiertamente reconocido como ficción y entretenimiento, el contenido estereotipado que es repetido de manera sistemática termina por influir a todo tipo de personas.

Una propuesta es que paralelamente con las intervenciones y reformas que se encarguen de atender los problemas de mayor urgencia (como las altas tasas de mortalidad materna, la desaparición y trata de mujeres así como la violencia sexual y

los feminicidios) se priorice también la formación crítica en cuestiones de género del alumnado en todos los niveles educativos, para generar una ciudadanía crítica y consciente del contenido sexista que se presenta en la cultura pop, para de ese modo aminorar su impacto social y para generar una masa crítica de personas que eventualmente sean capaces de rechazar dichos contenidos, así como exigir y crear material que no atente contra la dignidad de mujeres y hombres.

6. Bibliografía

- About: Women Under Siege Project.* (2013). Obtenido de Women's Media Center: <http://www.womenundersiegeproject.org/pages/about>
- Amuchástegui, A., & Szasz, I. (2007). *Sucede que me canso de ser hombre. Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México.* México: El Colegio de México.
- Anderson, B., & Zinsser, J. (1991). *Historia de las mujeres. Una historia propia.* Barcelona: Crítica.
- Astelarra, J. (2008). Género y cohesión social. Un enfoque necesario. En J. Astelarra, *Pacto entre géneros y políticas públicas. Género y cohesión social*, (pp.7-11). Madrid: Ministerio de Iguadad.
- Basaglia, F., & Kanoussi, D. (1983). *Mujer, locura y sociedad.* México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Best Sellers-The New York Times.* (2009). Obtenido de The New York Times: <http://www.nytimes.com/best-sellers-books/2009-10-04/hardcover-advice/list.html>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina.* Barcelona: Anagrama.
- Buchanan, K. (18 de Abril de 2013). *Vulture.* Obtenido de <http://www.vulture.com/2013/04/leading-men-age-but-their-love-interests-dont.html>
- Burin, M. (1998). Estudios de Género. Reseña histórica. En M. Burin, & I. Meler, *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad.* (pp. 19-30). Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M., & Meler, I. (1998). *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad.* Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M., & Meler, I. (2000). *Varones: género y subjetividad masculina.* Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad.* Madrid: Paidós.
- Careaga, G., & Cruz, S. (2006). *Debates sobre masculinidades: poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía.* México: UNAM.
- Chodorow, N. (2003). *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura.* Buenos Aires: Paidós.
- Coleman, M., & Nickleberry, L. (2009). An Evaluation of the Remarriage and Stepfamily Self-Help Literature. *Family Relations*, 58(5), 549.
- Connell, R. (1998). El imperialismo y el cuerpo de los hombres. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 76-89). Santiago: FLACSO.
- Connell, R. (2000). *The men and the boys.* Oxford: Polity.

- Coria, C. (2001). *El amor no es como nos contaron... ni como lo inventamos*. Buenos Aires: Paidós.
- Cortés, J. (2004). *Hombres de mármol. Códigos de representación y estrategias de poder de masculinidad*. Barcelona: Egales.
- Crawford, M. (2004). Mars and Venus Collide: A Discursive Analysis of Marital Self-Help Psychology. *Feminism & Psychology*, 14(63).
- Elkballet. (2 de Agosto de 2011). Obtenido de <http://elkballet.wordpress.com/2011/08/02/who-would-choose-a-punch-in-the-face-over-strawberry/>
- Esteban, M. L. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra.
- Fasteau, M. (1974). Why aren't we talking? En J. Pleck, & J. Sawyer, *Men and Masculinity* (pp. 19-20). United States of America: Prentice-Hall.
- Gimeno, B. (2012). *La prostitución*. Barcelona: Bellaterra.
- Glick, P., & Fiske, S. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating Hostile and Benevolent Sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70(3), 491-512.
- Glick, P., & Fiske, S. (2012). An ambivalent alliance: hostile and benevolent sexism as complementary justifications for gender inequality. En J. Dixon, & M. Levine, *Beyond Prejudice. Extending the social psychology of conflict, inequality and social change* (págs. 70-88). New York: Cambridge.
- Hartley, R. (1974). Sex-Role pressures and the socialization of the Male Child. En J. Pleck, & J. Sawyer, *Men and Masculinity* (pp. 7-13). United States of America: Prentice-Hall.
- Herrera, C. (2010). *La construcción sociocultural del amor romántico*. España: Fundamentos.
- Hessel, R. (2010). Libros peligrosos para niños y maravillosos para niñas: el género social distinguiendo el género discursivo. *Signos*, 43(1), 143-159.
- Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM. (enero-abril de 2004). Obtenido de <http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/derycul/cont/13/mis/mis12.pdf>
- Íñiguez, L. (2006). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. Barcelona: UOC.
- Jeffreys, S. (1996). *La herejía lesbiana*. Madrid: Cátedra.
- Kimmel, M. (1998). El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género). La producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 207-217). Santiago: FLACSO.
- Krafchick, J., Schindler, T., Haddock, S., & Banning, J. (January 2005). Best-selling Books Advising Parents about Gender: A Feminist Analysis. *Family Relations*, 54(1), 84-100.
- Lagarde, M. (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor*. Managua: Puntos de Encuentro.

- Lamas, M. (2007). Las putas honestas, ayer y hoy. En M. Lamas, *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX* (pp. 312-348). México: Fondo de Cultura Económica.
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica.
- Levy, A. (2005). *Female chauvinistic pigs: women and the rise of raunch culture*. New York: Free Press.
- Liendo, E. (1998). Masculinidades y violencia desde un programa de acción en México. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 130-136). Santiago: FLACSO.
- Mackinnon, C. A. (1989). *Toward a feminist theory of the state*. United States of America: Harvard.
- Maquieira, V. (2001). Género, diferencia y desigualdad. En E. Beltrán, V. Maquieira, S. Álvarez, & C. Sánchez, *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. (pp. 127-190). Madrid: Alianza.
- Mejía, N. (2006). *Una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica*. España: Bellaterra.
- Meler, I. (1998). La familia, antecedentes históricos y perspectivas futuras. En M. Burin, & I. Meler, *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad* (pp. 31-70). Buenos Aires: Paidós.
- Millett, K. (1975). *Política Sexual*. México DF: Aguilar.
- Montesinos, R. (2007). *Perfiles de la Masculinidad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Osborne, R. (2009). *Apuntes sobre violencia de género*. Barcelona: Bellaterra.
- Osborne, R., Longo, V., Monteros, S., Aguirre, V., Rojas, L., & López, S. (2012). *La situación social de la población migrante latinoamericana TLGB (Transexual, Transgénero, Lesbiana, Gay y Bisexual) en España desde un enfoque de género y derechos humanos*. Santo Domingo: ONU Mujeres.
- Pateman, C. (1988). *The sexual contract*. Great Britain: Polity.
- Pleck, J., & Sawyer, J. (1974). *Men and Masculinity*. United States of America: Prentice-Hall.
- Pomeroy, S. B. (1990). *Diosas, ramerías, esposas y esclavas*. Madrid: Akal.
- Pozner, J. (2010). *Reality Bites Back: The Troubling Truth About Guilty Pleasure TV*. Berkeley: Seal.
- Ramírez, J. (2006). ¿Y eso de la masculinidad?: apuntes para una discusión. En G. Careaga, & S. Cruz, *Debates sobre masculinidades: poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 31-56). México: UNAM.
- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. S. Vance, *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 113-190). Madrid: Revolución.

- Ruiz, J. (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sarkeesian, A. (21 de Abril de 2011). *The Smurfette Principle*. Obtenido de You Tube: http://www.youtube.com/watch?v=opM3T2__IZA
- Sarkeesian, A. (22 de Septiembre de 2011). *The Straw Feminist (Tropes vs. Women)*. Obtenido de You Tube: <http://www.youtube.com/watch?v=tnJxqRLg9x0>
- Sarkeesian, A. (15 de Febrero de 2012). *The Oscars and The Bechdel Test*. Obtenido de You Tube: <http://www.youtube.com/watch?v=PH8JuizIXw8>
- Schindler, T., Holm, K., & Haddock, S. (april 2001). A Decade of Advice for Women and Men in the Best-Selling Self-Help Literature. *Family Relations*, 50(2), 122-133.
- Schindler, T., Holm, K., Daniels, K., & Haddock, S. (June 2002). Barrieris and Bridges to Intimacy and Mutuality: a Critical Review of Sexual advice Found in Self-Help Best-Sellers. *Contemporary Family Therapy*, 24(2).
- Schrager, C. (1993). A Reading of "Women Who Love Too Much". *Feminist Studies*, 19(1), 176-192.
- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México: UNAM.
- Seidler, V. (2006). *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas*. España: Montesinos.
- Signorella, M., & Cooper, J. (26 June 2011). Relationship Suggestions from Self-Help Books: Gender Stereotyping, Preferences, and Context Effects. *Springer Science+Business Media*, 371-382.
- Talbot, M. (2003). Gender Stereotypes: Reproduction and Challenge. En J. Holmes, & M. Meyerhoff, *The Handbook of Language and Gender* (pp. 468-486). Oxford: Blackwell.
- Valdés, T., & Olavarría, J. (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO.
- Vance, C. S. (1989). El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad. En C. S. Vance, *El placer y el peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 9-49). Madrid: Talasa.
- Walter, N. (2010). *Muñecas vivientes. El regreso del sexismo*. Madrid: Turner.
- Weeks, J. (1998). *Sexualidad*. México DF: Paidós.
- Zeisler, A. (2008). *Feminism and Pop Culture*. Berkeley: Seal.